

**PERO TAFUR Y BERTRANDON DE LA BROQUIÈRE
EN CONSTANTINOPLA:
LA IMAGEN CEREMONIAL DE MARÍA DE TREBISONDA
Y LOS ENCUENTROS DIPLOMÁTICOS EN TORNO
AL CONCILIO DE FERRARA-FLORENCIA (1438-1439)***

Rafael Beltrán
Universitat de València
rafael.beltran@uv.es
<https://orcid.org/0000-0002-9346-3105>

Recepción: 28-02-2018 / Aceptación: 09-05-2018

Resumen

Tras la caída de Constantinopla (1453), Pero Tafur y Bertrandon de La Broquière difunden sus libros de viajes, dos de los más importantes europeos escritos en el siglo xv. Ambos habían conocido, entre quince y veinte años antes, al emperador de Grecia, Juan VIII Paleólogo, al papa Eugenio IV y a otros protagonistas de los concilios de Basilea (1431-1434) y Ferrara-Florenia (1438-1439), que decretaron la unión entre las iglesias romana y griega. Los viajeros fueron, así, testigos, pero también informantes y diplomáticos activos para los intentos de unión religiosa y política, que trató de reavivar el papa Pio II después de la derrota histórica de 1453. Tafur y La Broquière conocieron en Constantinopla a la tercera mujer del emperador, María Comnena de Trebisonda, a quien describen de igual modo en acción: saliendo de Santa Sofía y montando ceremonialmente en su caballo. El artículo trata de relacionar este mismo encuentro e imagen descritos por ambos con otros encuentros diplomáticos e imágenes pictóricas en torno al concilio y con sus posibles repercusiones. La descripción de la emperatriz revela la sensibilidad de los dos viajeros, pero, a diferencia de otros objetos estáticos (reliquias, monumentos), la intención de captar su belleza efímera podría tener también un trasfondo simbólico con implicaciones más trascendentes.

* Este trabajo forma parte del proyecto de investigación Parnaseo (Servidor Web de Literatura Española), FFI2017-82588-P (AEI/FEDER, UE), concedido por el Ministerio de Economía, Industria y Competitividad.

Palabras clave

Pero Tafur, Bertrandon de La Broquière, María de Trebisonda, Pisanello, Concilio de Ferrara, Libros de viajes.

Abstract

After the fall of Constantinople (1453), Pero Tafur and Bertrandon de La Broquière make known their works, which are two of the most important travel books written in Europe during the fifteenth century. Both travellers had known, between fifteen and twenty years before, the emperor of Greece, John VIII Palaiologos, pope Eugene IV and other protagonists of the councils of Basel (1431-1434) and Ferrara-Florence (1438-1439), which decreed the union between the Roman and Greek churches. The travellers were, thus, witnesses, but also informants and active diplomats for the attempts of religious and political union, which pope Pius II tried to revive after the fall of Constantinople. Tafur and La Broquière met in Constantinople the third wife of the emperor, Mary Comnena of Trabzond, whom they describe in the same way in action: leaving Santa Sofia and riding ceremonially on her horse. The article tries to relate this meeting and image with other diplomatic meetings and pictorial images related with the council and its possible repercussions. Mary of Trabzond's description reveals the sensitivity of both travellers, but, unlike other static objects (relics, monuments), the attempt to capture her ephemeral beauty could also have a symbolic background with more transcendent implications.

Keywords

Pero Tafur, Bertrandon de La Broquière, Mary of Trabzond, Pisanello, Council of Ferrara, Medieval Travel Books.

I. EL CONTEXTO DEL CONCILIO DE FERRARA-FLORENCIA

Tanto el andaluz Pero Tafur como el borgoñón Bertrandon de La Broquière, autores de dos de los más importantes libros de viajes europeos del siglo xv, conocieron bien al emperador de Grecia, Juan VIII Paleólogo (Fig. 1), al papa Eugenio IV y a otros protagonistas de los concilios de Basilea (1431-1434) y Ferrara-Florenca (1438-1439). Ambos concilios, continuadores del de Constanza (1414-1418), fueron decisivos para orientar las directrices ideológicas y políticas de Europa y Oriente, convocaron a las mayores figuras intelectuales del momento y

decretaron, si bien con total provisionalidad, la unión entre las iglesias romana y griega, poniendo teóricamente fin al cisma de Occidente de cuatro siglos.¹

Los viajeros Tafur y La Broquière conocieron también a la tercera mujer del emperador, María Comnena de Trebisonda (Fig. 2), por mucho que se les mostrara esquiva su afamada belleza, al menos en los incidentes sobre los que girará la segunda parte de este artículo. Aunque se tratara en ambos casos de capturas fugaces realizadas por comprensibles miradas curiosas, la coincidente presencia de María como protagonista de unas líneas de sus relatos, por una parte denota el anhelo de unos viajeros sensibles que quisieron acercar y retener al máximo su efímera lejanía ceremonial, y por otra podría revelar tal vez —es lo que proponemos— algún componente o trasfondo simbólico de mayor trascendencia.²

Pero Tafur, a quien dedicaremos mayor atención, aunque sin perder de vista el antecedente del francés La Broquière, participó en algunos trámites diplomáticos —difíciles de precisar, aunque su texto se muestre pródigo en informaciones al respecto— antes, durante y después del concilio, jugando probablemente un papel más relevante de lo que se ha solido pensar en el contexto de los acontecimientos relacionados con éste. Sus múltiples contactos con la familia imperial griega giran en torno a las mismas fechas, 1438 y 1439. Adelantando y condensando datos que más adelante veremos algo más pormenorizados, en Constantinopla, a finales de 1437, despide a Juan VIII cuando éste zarpa del puerto de Pera para acudir a Italia, al concilio. Y más adelante, a lo largo del siguiente año, coincide con él en sucesivas ocasiones, en concreto en Ferrara, estando junto al papa Eugenio IV. Ambos tratan a Tafur con una familiaridad de la que lógicamente él presume en su escrito autobiográfico, y a cuya veracidad no tenemos por qué

¹ El concilio es llamado así, de Ferrara-Florenia (o también concilio de Ferrara), porque comenzó en la ciudad del Po, pero se tuvo que trasladar un año más tarde, en 1439, a Florenia, debido, entre otras razones, a un brote de peste surgido en la primera ciudad. Véase, para la historia del concilio, Gill (1964 y 1965), Décarreaux (1966) y Castelli (1992). Para su importancia dentro de la historia de la iglesia ortodoxa y la historia del imperio bizantino, Hussey (1986). Un buen resumen, relacionado más concretamente con el tema de las medallas del emperador Paleólogo a cargo de Pisanello, que se trata en la segunda parte de este artículo, se puede encontrar en Lazaris (2007). López-Mayán (2017) aporta una bibliografía selecta y actualizada sobre historia y literatura en torno al concilio.

² La idea de relacionar los incidentes de ambos viajeros procede inicialmente de la lectura de una página del sugerente blog que mantiene Wright (2009), reputada historiadora de la historia, el arte y la cultura bizantina. Antes, solamente Izeddin (1951) había puesto en contacto a Tafur y La Broquière en su viaje a Turquía; después, Paviot (2010). Una vez avanzado el trabajo, vi la asociación de Wright confirmada en el importante estudio de Ronchey (2006), al que se hará mención en distintas ocasiones.

mostrarnos reacios.³ Pero los contactos diplomáticos de Tafur con eclesiásticos y seglares en el entorno del concilio ni mucho menos acaban aquí, es decir con la familia imperial y el Papa, sino que de hecho se insertan en una red tejida de intercambios de considerable gran calado.

Pérez Priego (2011) ha expuesto con precisión los contextos del Tafur viajero, experimentado, inquieto y curioso, dentro del entramado de personajes castellanos interesados como él en la idea y en la práctica del viaje a lejanas tierras, y ha relacionado sus inquietudes con las de algunos humanistas hispanos e italianos coetáneos. Entre los primeros, destaca la figura de su compatriota cordobés Nuño de Guzmán, que desarrolló un periplo viajero en parte coincidente con el de Tafur, aunque algo anterior, entre 1430 y 1431, y a cuyo hermano Fernando Guzmán, comendador de Calatrava, dedicó Tafur el tratado de sus *Andanças e viajes*.⁴ Pero hubo más. En agosto de 1438 se encontrará Tafur con el cardenal Juan Cervantes cerca de Baden-Baden, y de nuevo con él, en octubre del mismo año, esta vez en Constanza. Al mes siguiente se verá en Núremberg con fray Juan de Torquemada, dominico y más tarde también cardenal, responsable de la embajada castellana al concilio de Basilea. Pero también coincidirá, en tierras suizas o en Italia, con otros humanistas españoles, como Alonso de Cartagena o Fernando de la Torre; y hasta tal vez con Juan Rodríguez del Padrón, el autor del *Siervo libre de amor*, criado y secretario de Juan Cervantes, a quien pudo hallar otra vez en Baden-Baden, junto al cardenal, o en otro momento en Italia (Dolz, 2005).

A partir de la relación confesa de Pero Tafur con Nicolò dei Conti, Pérez Priego sospecha que, en el seno de aquella «magnífica encrucijada literaria, donde

³ El testimonio de su trato asiduo con los miembros de la familia imperial —trato «doméstico» que no esconde, sino, al contrario, destaca y repite en su relato, con apreciaciones tan enfáticas que han podido ser consideradas en ocasiones como exageradas—, ha sido confirmado como fehaciente en su contexto italiano por Ronchey, que incluso llega a hablar de «amicizia» con María de Trebisonda: «... alla vigilia della partenza della delegazione imperiale per il concilio di Ferrara, un altro viaggiatore, un gentiluomo andaluso di ventisette anni chiamato Pero Tafur, incontrò Maria Comnena di Trebisonda e fece amicizia con lei. Erano andati insieme a caccia e avevano ucciso lepri, pernici, francolini e fagiani, dopo che Pero Tafur si era presentato a Giovanni VIII e lui lo aveva ricevuto solennemente seduto su una tribuna con una pelle di leone distesa sotto i piedi» (2006, p. 110). Véase también, defendiendo la absoluta veracidad del relato de Tafur, Ronchey (2006, pp. 177-178).

⁴ Fernando de Guzmán sería el comendador que protagonizó históricamente el famoso episodio de revuelta reflejado en *Fuenteovejuna* por Lope de Vega. Ambos eran hijos del también comendador Luis de Guzmán —quien encargó a Mošé Arragel de Guadalajara, rabino de Maqueda, la composición de la conocida como *Biblia de Alba*, que iba a ser traducida entre 1422 y 1430— y de Inés de Torres, dama de influencia en la corte regia y gran cultura. Para los Guzmán, véase Ladero (1999) y Carriazo (2002); para la relación de la familia con la Orden de Calatrava, Rodríguez-Picavea (2007).

curiosamente se cruzaron las inquietudes humanísticas de un notable grupo de escritores españoles» (2011, p. 141), el andaluz pudo tener más de algún contacto con el otro humanista que también maneja y aprovecha el relato de Conti, Poggio Bracciolini, secretario del papa Eugenio durante los años de Ferrara-Florenia.⁵ Aunque sin duda la estrecha vinculación de Tafur con el cordobés Nuño de Guzmán, como acabamos de mencionar, hubo de ser especialmente decisiva.⁶ Este destacado intelectual «proto-humanista» —como lo define Lawrance (1989)— viajó a Italia dos veces, conoció a Leonardo Bruni, e hizo amistad con Vespasiano da Bisticci (que lo retrató en sus *Vite di uomini illustri*), con Leonardo d'Arezzo, con Pier Candido Decembrio, con Giannozzo Manetti y con otros humanistas. Nuño de Guzmán le encargó a este último la redacción de una defensa de Nuño, *Apologia Nunnii*, destinada a su padre, texto escrito en el más pulido latín de la época (Manetti utilizaba un esmerado latín ciceroniano) y cuya primera parte se dedica a discutir precisamente en torno al escudo de armas de los Guzmán. Se trataba de elucidar cuestiones de antigüedad heráldica, algo que interesará sobremanera a Tafur en relación con su propio apellido y escudo, cuando se encuentre —como hemos de ver— en Constantinopla con el emperador.⁷ Son, en fin, algunos datos, algunos nombres, evidentemente nada insignificantes, que dan cuenta

⁵ Crivat-Vasile (1996) colaciona ambas versiones del mismo viaje de Conti, la de Tafur y la de Bracciolini.

⁶ Nuño de Guzmán fue el menor de los siete hijos de Luis de Guzmán, el ya mencionado maestre de Calatrava. Nació c. 1410 y se crió en la misma Córdoba en la que convivieron los poetas Alfonso de Baena, Antón de Montoro y Juan de Mena, el teólogo fray Álvaro de Córdoba (algo antes, su hermana Leonor López de Córdoba) y, desde luego, Pero Tafur, entre otros.

⁷ En una reseña al libro de Carriazo (2002), apunto (Beltrán 2005) cómo resulta bien curioso que un intelectual como Manetti defienda como cierta, en la *Apologia Nunnii*, la fabulosa aventura de Guzmán el Bueno, ayudado en tierras africanas por un león agradecido, venciendo a un temible dragón o serpiente. Ello explicaría, para Manetti, las serpientes del escudo de la familia. Si traducimos del latín original algunas de las palabras de Manetti tras resumir la leyenda, nos dicen: «Aunque esta historia [...] parece maravillosa, y lo es, sin embargo no excede los límites de la fe humana...». Manetti aporta distintos ejemplos clásicos de luchas contra serpientes, y concluye: «... yo no concibo ninguna razón para dudar de la verdad de tu explicación acerca de la divisa de las serpientes que adorna el escudo de armas de tu familia, sobre todo cuando, como entiendo, se apoya en una antiquísima tradición de tu país» (Lawrance, 1989, pp. 239-40). Localizo allí la misma aventura en un texto biográfico que rescató del desconocimiento general Ladero (1999), la *Corónica del ilustre y muy magnífico caballero don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno* (ms. 17909 de la BNM), obrita reivindicativa del linaje de los Guzmán (y de su superioridad frente a los Ponce), a caballo entre la historia y la ficción, escrito para Enrique de Guzmán, conde de Niebla, por un servidor anónimo. La búsqueda de escudo y linaje por parte de Tafur, entrando sin ambages en el terreno de lo legendario —cuando indaga sobre sus orígenes familiares en Constantinopla y ofrece una versión imprecisa y confusa en torno a éstos— se puede vincular perfectamente con esa postura condescendiente de Manetti

de la notable relevancia de los enlaces mantenidos por Tafur con personalidades de altura y significación intelectual, política y religiosa. Muchas de ellas vinculadas, además, entre sí por los movimientos e intercambios de inusitada notoriedad que centralizaron los concilios durante la tercera década del siglo xv.

El concilio de Ferrara-Florenia fue sin duda uno de los acontecimientos de mayor relevancia, no solo religiosa, sino también política, de todo el siglo xv, por bien que esta unión se revelara efímera. Hasta hoy se reconoce que *de jure* el concilio restableció la unidad de las dos Iglesias cristianas, griega y romana, una unidad que solamente la celebración y decisiones de otro concilio ecuménico podrían haber anulado, algo que obviamente nunca ha ocurrido. Sin embargo, frente a esa situación jurídica, *de facto* las decisiones del concilio no fueron aceptadas, ni siquiera atendidas en su momento, y han seguido siendo ignoradas hasta hoy por las iglesias cristianas, tanto ortodoxa, como católica o, más adelante, anglicana.⁸

Hemos hablado de Juan VIII Paleólogo, uno de los protagonistas del concilio. La importancia histórica del personaje, pero singularmente su viaje y prolongada estancia en Florenia, darían ocasión para que se difundieran durante décadas toda clase de imágenes, incluidos retratos, algunos de ellos repletos de significados y muchos todavía sin descifrar. De las facciones de su cara y de su porte, cuando acudió y estuvo primero en la ciudad de Po, y luego en la del Arno, podemos hacernos una idea gracias al nutrido número de reflejos suyos que nos han llegado. Su semblante se incluye en dibujos de códices (Fig. 1) o medallas de bronce como las de Pisanello de 1439 (Fig. 3).⁹ Son básicamente coincidentes en sus rasgos más característicos: sus ojos grandes, una cuidada barba puntiaguda

respecto a aspectos históricamente inaceptables, por su total falta de verosimilitud, en la leyenda de los orígenes de los Guzmán.

⁸ Lo recuerdan los miembros del Collège des Bernardins (Faculté de théologie de l'École cathédrale, París), en la convocatoria del Coloquio Internacional *Le Concile de Florence, histoire et mémoires*, que estaba prevista para marzo de 2018: «On se trouve alors devant une impasse: la situation juridique oblige, mais la situation factuelle ne correspond pas au droit et le rend inapplicable dans la réalité. Pour sortir de cette impasse, et pour éviter de passer ce concile majeur de l'histoire de l'Eglise par pertes et profits, des historiens et des théologiens catholiques, protestants et orthodoxes ont décidé, à l'initiative de la Faculté de théologie du Collège des Bernardins, d'en faire, de façon œcuménique, un nouveau récit».

⁹ Véase, en cuanto a dibujos en códices, la imagen intercalada en el Codex 2123, fol. 30v, de la biblioteca del Monasterio de Santa Catalina, en el Siná (Fig. 1); en cuanto a medallas, la de bronce diseñada por Pisanello, de 1439 (Fig. 3), ha sido estudiada, entre otros, por Lazaris (2007) y Granados (2016); en el contexto del resto de las medallas del artista, que crearía escuela, por Asenjo (2001).

(como veremos, se enfadará con Tafur porque éste se había afeitado la suya),¹⁰ una rotunda nariz, amén del tocado con alguno de los habituales llamativos gorros picudos, clásicos entre los griegos.

Pero podemos tener una idea todavía más cabal de su fisonomía —o contrastar la que aparece en su medalla— a través de una serie de retratos pintados veinte años más tarde de que tuviera lugar su estancia italiana. Facciones escondidas —y reveladas— tras algunos de los personajes de *La flagelación* (Urbino, ca. 1460) (Fig. 4) o de *La Leyenda de la Vera Cruz* (Arezzo, 1466) (Fig. 5), ambas obras de Piero della Francesca.¹¹

Igualmente, imaginamos su aparición solemne en los desfiles, a caballo, evidentemente idealizado, con vestimentas orientales de llamativos colores, a través de su representación como rey Baltasar en el famoso Cortejo de los Tres Reyes, el impresionante fresco del Palazzo Medici-Riccardi de Florencia que pintó Benozzo Gozzoli entre 1459 y 1461, es decir, veinte años después del concilio (Fig. 6).

Sin embargo, mucho menos sabemos del semblante de María de Trebisonda, su tercera esposa, pese a su afamada belleza. Apenas albergamos la sospecha de que se encuentra escondido tras el personaje de una doncella en un fresco de Pisanello en la iglesia de Santa Anastasia de Verona (Figs. 2 y 10).¹²

Pero volviendo al Cortejo de los Reyes Magos, los Médici, encumbrados en este logrado conjunto, habían tenido la oportunidad de auspiciar desde Florencia aquel acontecimiento histórico del concilio, y quisieron muy *a posteriori* seguir prestigiándose, mediante la representación alegórica en él, con todo su esplendor, junto a los principales protagonistas de aquellos meses cruciales. El proyecto encargado a Benozzo Gozzoli hubo de esperar más de veinte años para ser realizado; tuvo que atender, como otros, al *revival* de la cruzada impulsada por el papa Pío II. En todo caso, el lujo y magnificencia con que se habían exhibido los

¹⁰ Véase *infra*, n. 34.

¹¹ Véase, para la trascendencia ideológica de ambas obras de Piero della Francesca, los trabajos de Clark (1951), Ginzburg (1981), Pertusi (1994), King (2007) y Ronchey (2006), entre otros.

¹² Juan VIII Paleólogo (1392-1448) fue hijo de Manuel II (1350-1425) y sería sucedido por su hermano Constantino IX (1405-1453). Se casó tres veces. Primero con Ana de Moscú, hija del Gran duque Basilio I de Moscú, en 1414; en segundo lugar, en 1421, con Sofía de Montferrato, hermana del conde Juan Jaime de Montferrato. Su tercera mujer sería María Comnena o María de Trebisonda. No tuvo hijos de ninguno de estos tres matrimonios. Véase, para su periodo en contexto histórico, Ostrogorsky (1983), Cabrera (1998), Norwich (2000) y Treadgold (2001). María Comnena (c. 1404-1439) fue hija de Alejo IV de Trebisonda y de Teodora Cantacucena. Murió el 17 de diciembre de 1439, un mes y medio antes del regreso de Ferrara a Constantinopla de su marido el emperador. Su figura apenas ha merecido atención, si no es por algún historiador del arte (véase Ronchey, 2006, pp. 109-110).

dignatarios bizantinos causó impresión, como relatan las crónicas, y se pone de manifiesto en el Cortejo de los Tres Reyes mejor que en ningún otro testimonio artístico. Lo apreciamos en las poses a caballo de los reyes, en los séquitos inacabables y vistosos, en los atavíos y las joyas figuradas en esos magníficos frescos que constituyen una de las maravillas pictóricas del Quattrocento italiano.¹³ En la realidad histórica, que no diferiría demasiado de este retrato simbólico en pompa y desmesura, el Paleólogo fue arropado por una comitiva impresionante de más de setecientos acompañantes. Cifra aproximada a la que nos ofrecerá Tafur: «ochocientos hombres, todos los más fijosalgo» (PT, p. 134).

A María de Trebisonda no le cupo el menor protagonismo. Se había quedado en Constantinopla, como emperatriz, acompañada de su cuñado, el hermano del emperador, el futuro Constantino XI, quien asumía las funciones de regente en ausencia de Juan VIII.

2. LOS VIAJES DE PERO TAFUR Y BERTRANDON DE LA BROQUIÈRE

Los viajes por Europa, Asia y norte de África que relatan dos de los más importantes libros de viajes en la Europa del siglo xv, los escritos por el borgoñón Bertrandon de La Broquière y por el andaluz Pero Tafur, giran cronológicamente en torno a las fechas de estos concilios: Basilea (1431-1432) y Ferrara (1438-1439). La Broquière, en su viaje que transcurrió entre 1432 y 1433, indagaría sobre la situación política —y político-religiosa— de los mundos griego y turco en el continente asiático para informar cumplidamente a su señor, el duque de Borgoña.¹⁴ Por su parte, las *Andanças e viajes de Pero Tafur*, escritas poniendo énfasis en aspectos políticos, comerciales, sociales y culturales de todo tipo, y aportando valiosísimas notas históricas, siguen de manera lineal el itinerario y las aventuras

¹³ En la pared Sur del Cortejo aparece el Paleólogo simbolizando al rey Baltasar, procedente de África. Se le representa con tez más morena, encarnando la madurez del sol de mediodía, y llevando la mirra, que simboliza la esperanza, como el color verde de su vestimenta. En la pared Este, aparece Lorenzo de Medici, el Magnífico, representando al rey Gaspar. Y en la pared Oeste el emperador Segismundo, representando a Melchor. Véase el completo estudio de Cardini (2001).

¹⁴ Sus viajes fueron editados por Schefer (1892). Recientemente el texto ha sido versionado al francés moderno, editado, introducido y anotado por Paviot (2010). Es la edición que seguimos. Sin embargo, y para continuar la tradición textual anterior y la mayor parte de la bibliografía, que se puede seguir actualizada en ARLIMA, optamos por la variante gráfica La Broquière (y no La Broquère, que es como aparece en la edición manejada) para el apellido del viajero. Citaremos la bibliografía que todavía no incluye ARLIMA (leída en la última actualización de la página, de 15 de febrero de 2018).

del caballero por el mundo mediterráneo, europeo y oriental.¹⁵ El viaje o suma de viajes de Pero Tafur tuvo lugar cuatro años más tarde que el de La Broquière, entre 1436 y 1439, es decir, en fechas del último período del concilio, y casi veinte años antes de la redacción definitiva del texto (que no se pudo dar más que a partir de 1454).

Estos dos importantes viajes, en los que con toda seguridad los viajeros —que bien podemos imaginar con la apostura y elegancia de los embajadores de Carpaccio (Fig. 7)— tomaron apuntes *in situ*, y redactaron informes o memoriales —en el caso de Tafur a modo de diarios, a veces—, se mantuvieron, sin embargo, en ambos casos curiosamente en silencio, en hibernación, sin salir a la luz durante más de veinte años, hasta precisamente pasada la fecha decisiva de 1453, que identificamos señaladamente con la realidad factual y el hito simbólico de la caída definitiva de la capital del Imperio Bizantino. Pero Tafur, de hecho, definirá la derrota con su habitual veta de humor, y no sabemos hasta qué punto si con un toque de resignación: «Bien han hecho la venganza de Troya los turcos» (PT, p. 146). Esta cita confirma que cierra y difunde el relato de sus viajes ya antiguos a partir de 1453, pero no es la única prueba de esa escritura tardía. Igualmente, sabemos que la redacción definitiva de La Broquière no se empezó a difundir tampoco hasta 1454, y que seguramente había sido redactada, como pronto, tan sólo unos meses antes.

Comenzando por el segundo viajero, cronológicamente, insistamos en que Pero Tafur realizó su viaje entre 1436 y 1439. Por Italia, primero; luego, por Oriente, partiendo de Venecia, recorriendo Palestina, Egipto, Turquía y Bizancio; llegando hasta Constantinopla y más allá, hasta Trebisonda y Crimea; y, finalmente, por Europa central, el imperio alemán, Países Bajos, hasta Polonia y regresando después por Austria hasta Ferrara y de nuevo Venecia. Se le ha llamado a Tafur el primer turista europeo, y no cabe duda de que aparentemente viajó, a nuestros ojos, como un turista rico, muchas veces aparentemente por el simple placer de la visita, por curiosidad o, como explicita con palabras claras, por afán de co-

¹⁵ La obra nos ha llegado a través de una copia manuscrita ya tardía, del siglo XVIII (Biblioteca Universitaria de Salamanca, Ms. 1985). Fue editada por primera vez por Jiménez de la Espada (1874); edición reimpresa en facsímil, acompañada del valioso estudio de Vives Gatell (1949), precedida de una presentación de López Estrada (1982). Pérez Priego (2006) realiza una nueva edición del texto, que reedita (Pérez Priego, 2009), incluyendo ahora una amplia introducción y notas explicativas. Es la edición que seguimos (= PT). Nos consta, por información del mismo Pérez Priego, una nueva edición suya, prevista para 2018, en la colección de «Letras Hispánicas» de la editorial Cátedra, que lamentablemente no hemos podido consultar ni citar para el presente artículo.

nocimiento.¹⁶ Tafur es un patricio urbano (de Córdoba), rico, culto, ambicioso y también sin duda tremendamente valiente. Pues pocos se habrían atrevido a realizar un periplo como el suyo de tres años, cruzando mares y caminos inhóspitos, disfrazándose a veces, como hace en Jerusalén, mintiendo otras, pagando y sobornando, con peligro de su vida en distintas ocasiones.¹⁷ Lo cierto es que su viaje, tal vez por «raro», nos enseña más que centenares de fríos documentos de archivo.¹⁸

En cuanto al segundo viajero —primero, cronológicamente—, el borgoñón Bertrandon de La Broquière parte de la villa de Gante en 1432 para emprender un periplo oficialmente de peregrinación a Jerusalén. La Broquière, primer escudero trinchante del duque de Borgoña, Felipe el Bueno, desarrolla en un principio casi el mismo peregrinaje que Pero Tafur hizo cuatro años más tarde, zarpando igualmente desde Venecia hacia Ultramar. Pero cuando llega a Tierra Santa, se dedica de lleno, como ha detectado perfectamente Paviot, su último editor, al verdadero objeto de su misión: la recogida de información o, dicho con palabra

¹⁶ Las notas de Pero Tafur indican, de hecho, además de buenas dotes de observación, inquietudes y miras comerciales, y no es casual que las dos ciudades en las que más se detiene sean Venecia y Brujas. Nos habla claramente de sus contactos bancarios allí; de cómo la banca le va ofreciendo las notas de cambio para poder continuar su trayecto. Su ideal cívico se asocia a los emporios comerciales, fuentes de riqueza. Por eso alaba que el gobierno de la ciudad de Venecia permita que los pobres y los extranjeros no tengan «mengua de alimento»; y admira las infraestructuras urbanas, así como los servicios municipales y de protección social, desde el cuerpo contra incendios en Estrasburgo hasta los colegios de huérfanos de Venecia, los asilos de ancianos en Colonia o los hospitales públicos en Florencia. La bibliografía sobre las *Andanças* es ya extensa, pero está recogida casi exhaustivamente, hasta 2010, en García Sánchez (2010). Para un estado de la cuestión sobre la obra, con una bibliografía algo más actualizada, puede consultarse Castro (2013 y 2015).

¹⁷ Pero Tafur formaba parte, en todo caso, de esa aristocracia medieval urbana, cultivada, enriquecida con la pequeña industria y el comercio interior y exterior, que nos es tan desconocida porque la literatura nos la oculta y la documentación histórica deja ver sólo la sombra de algunas de sus realizaciones. Traté de estudiar (Beltrán, 1991) la figura de Tafur desde esa perspectiva, pero sobre todo buscando nuevas pistas acerca de su posible personalidad a partir de la modalidad irónica de su relato, a mi juicio inherente a las primeras muestras y configuraciones del «yo» autobiográfico en la literatura del siglo xv.

¹⁸ Tomo el adjetivo «raro» de Pere Gimferrer, quien dedicó unas agudas líneas a la escritura de Tafur, en el libro en el que alberga justamente a *Los raros* históricos y literarios (1985, p. 105). El viaje de Tafur fue «raro» en el sentido de «extraordinario», «singular» y «poco frecuente». La prueba es que no hay más de una decena de viajeros que hayan plasmado sus periplos como él en la Europa del xv. Y raro como «misterioso», porque siguen siendo un relativo misterio, hoy, no sólo las razones exactas por las viajó, sino también las que motivaron que los apuntes de su viaje se mantuvieran durante veinte años en estado latente y sólo fueran sacados a la luz tan tarde.

más actual, el espionaje.¹⁹ Con el fin de abrir y reconocer rutas para facilitar los últimos sueños de cruzada occidental, los que mantuvo siempre como emblema de su política el duque de Borgoña, fundador precisamente de la orden del Toisón de Oro, La Broquière se embarca en un viaje que todos auguran como fatal. Disfrazado «a la turca» —como hará el propio Pero Tafur— para poder visitar los Santos Lugares, recorrerá un itinerario que va desde Damasco, a través de Anatolia, hasta llegar a Constantinopla y luego hasta Viena, Múnich y Basilea, logrando al cabo de unos meses regresar a Dijon, donde le esperaría el duque de Borgoña (Fig. 8). Durante su peligroso viaje, atravesando posiciones turcas en plena ebullición bélica, irá plasmando, como Tafur, notas tomadas sobre el terreno, con observaciones agudas y muy variadas.²⁰

La Broquière va informando sobre los campamentos turcos, sobre la Constantinopla en ruinas, sobre la corte del Gran Turco o sobre las ciudades al sur del Danubio en pie de guerra. Sus informes, elaborados muchas veces a partir del incógnito, muestran el día de día de manera gráfica, con retratos de sensibilidad pre-humanista, con críticas severas y objetivas a muchos aspectos de la mentalidad y las costumbres de los griegos, y alabanzas en cambio, en otras ocasiones, como también hará Tafur, a las cualidades de los turcos.²¹ Por otra parte, en un balance

¹⁹ Paviot es contundente al respecto: «Il présente sa relation comme un récit de pèlerinage mais les archives indiquent, par les paiements reçus avant et après son voyage, qu'il s'agissait bien d'une mission de renseignement» (La Broquière, p. 14). Sin embargo, Bárány matiza esa calificación: «cannot be seen as only a “guide-book” for travellers to the Holy Land. Neither was he merely a “spy” sent out to get information in military matters»; y prefiere hablar en términos más amplios de «intelligence mission» y, sobre todo, de una «more conscious “programming” agenda deliberately designed to arouse the Prince's, Philip the Good's, interest in the negotium Christi» (2016, pp. 266-267). Para los estereotipos en la captación de la realidad de La Broquière, centrados en la Hungría de la época, véase Szkilnik (2013). Véase un episodio bien significativo —tal como lo analiza Bárány (2016, pp. 271-272)— del contacto entre culturas, que fue uno de los objetivos del viaje, perfectamente plasmado en la miniatura del mss. fr. 9087 de la BNF (Fig. 8).

²⁰ Como destaca Paviot: «C'est avec un œil curieux de pratiques et coutumes de l'autre que Bertrandon relate son expérience. Son attention se porte aussi bien sur les éléments de la vie quotidienne que les rites ou les tactiques militaires» (La Broquière, p. 11); «... se montre le plus original et le plus vivant dans les descriptions géographiques et surtout ethnographiques: il révèle un esprit curieux. [...] Pour ce qui est de l'ethnographie, il décrit l'art de monter à cheval [...], l'armement (il était d'abord un homme d'armes), le vêtement, la nourriture et la boisson (en Occident, on buvait du vin et on n'était pas habitué à l'eau), les manières de table, l'hygiène corporelle, les ablutions, les pratiques religieuses...» (p. 23). Véase, para la ideología de cruzada en la obra, Bárány (2016) y Svátek (2012) y para las ideas sobre el gobierno de los griegos en Oriente, Svátek (2016).

²¹ Lo señala igualmente Paviot: «il laisse ce qui concerne la religion musulmane au duc de Bourgogne et, quant à lui, qui a fréquenté des personnes d'une autre religion, il s'abstient de jugement moral sur celles-ci —ce qui ne l'aurait pas empêché de participer de bon gré a une expédition contre

precipitado, La Broquière es en líneas generales, como reconoce Paviot, mucho más lacónico que Tafur en todas sus observaciones: no ofrece apenas testimonios de juicio estético; pasa por Florencia sin mostrar indicios de sorpresa ante su arte en plena ebullición; no califica las ruinas de Roma más que tópicamente, como «cosa maravillosa»; no exterioriza sentimientos de piedad a su paso por los lugares de Tierra Santa; no individualiza a hombres o mujeres, como sí hará tantas veces Tafur.²² Sin embargo, el balance de valores de su relato es ciertamente positivo. Aunque su habitual contención expresiva es razón de más para que nos llame la atención que —siquiera en una ocasión— abandonara la concisión retórica y se dejara fascinar por la sugerente presencia y figura, entre ceremoniosa e huidiza, de María de Trebisonda.

3. PERO TAFUR EN CONSTANTINOPLA Y EN ITALIA: CONTACTOS CON JUAN VIII PALEÓLOGO Y CON MARÍA DE TREBISONDA

Acompañemos durante unos meses a Pero Tafur en su viaje hacia Constantinopla, empezando por su estancia en la isla de Rodas, en noviembre de 1437.²³ Allí contrata el pasaje para Constantinopla con el patrón de una nave de Ancona. La nave toca Samos y pasan noche en Chíos, donde les notifican que se encuentran las naves enviadas por el concilio de Basilea al emperador de Constantinopla. Se trataría de los mensajeros de los obispos allá reunidos, que habían acudido para intentar convencer al emperador de acudir con ellos al concilio (PT, pp. 119-121). Los embajadores, que estuvieron en la isla del 8 al 22 de noviembre, regresaban de una fracasada misión.²⁴ Le ocurre allí mismo un peligroso percance —está a

les Turcs. [...] Quant aux Grecs, il les considère comme ses contemporains les considéraient depuis plusieurs siècles, c'est-à-dire négativement» (La Broquière, pp. 24-25). No es muy distinta esa actitud de la de Tafur. Quizá sólo les diferencia el sentido del humor, esa fina sorna, tan personal, de la que hace gala el viajero andaluz.

²² Como concluye Paviot: «Mais ne chargeons pas Bertrandon de La Broquière, en lui demandant plus qu'il ne peut nous offrir. Nul avant lui n'a donné à voir les pays du Proche-Orient et les Balkans d'une manière si approfondie, si personnelle, si ouverte et si vivante» (La Broquière, p. 26).

²³ Los trabajos de Vives Gatell (1949), Ochoa (1987) y, actualizado y también muy bien ilustrado fotográficamente, el de Molina (2016; y para el viaje de Tafur por Italia, Molina, 2014), sirven de perfecta orientación geográfica y cronológica para este periplo. A ellos se habrán de sumar los más especializados que iremos citando.

²⁴ Tafur explica cómo el emperador se desentendió de la pretensión de que acudiera con ellos a Basilea (finalmente sería a Italia). Explica Tafur que para poner paz entre ellos y los enviados que había recibido del Papa, el emperador dijo —salomónicamente— que no quería acudir ni con las

punto de perecer a causa de un naufragio de su nave—, del que es rescatado por el capitán general de la isla, micer Nicolao de Metón y por los obispos embajadores. Uno de ellos, el obispo de Viseo, lo lleva consigo y lo hace curar (PT, pp. 120-121). Aprovecha Tafur, mientras sacan su nave a flote y la reparan, para visitar las ruinas de Troya («grandes pedazos de edificios, e mármoles, e losas»), que dice que respetan con veneración los turcos: «han los turcos por reliquias los edificios antiguos e no desfarían ninguno de ellos, antes fazen sus casas junto a ellos» (PT, p. 122). Reemprendida la ruta, otra tempestad abre la nave, que reparan en la isla de Ténedos, frente a la misma Troya.²⁵

Mencionando Mitilene, en la isla de Lesbos, que dejan a la derecha, y atravesando el «grande estrecho» de Dardanelos («Dardinele»), llegan a Gallípoli.²⁶ Por el mar de Mármara, desde Heraclea y Silumbrea, pueden vislumbrar ya la elevación de Santa Sofía, en Constantinopla. Pero antes recalca en el puerto de Pera, donde le acoge su amigo, el sevillano Juan Cano, junto con una serie de miembros destacados de la colonia castellana, «entre los cuales vi a Alfón de Mata, escudero de cavallo del rey don Juan, nuestro señor, que Dios aya» (PT, p. 125).²⁷ Al cabo de dos días, ahora sí, acude a hacer la reverencia al emperador con sus mejores galas, luciendo el collar de la Orden de la Escama, instaurada por Juan II de Castilla: «e yo púseme a punto lo mejor que pude e con el collar de escama, que es la devisa del rey don Juan» (PT, p. 126).²⁸ Le hará de traductor «un truxamán del emperador, que llamavan Juan de Sevilla, castellano por nación», quien, además, «le cantava romances castellanos en un laúd». Tafur, después de una hora de espera, se encuentra con el emperador en una sala de palacio: «lo

galeras de unos ni con las de los otros, sino con las suyas propias. Véanse, para la interpretación de esta versión, las notas de Vives Gatell (1949, p. 133), Molina (2016, p. 862) y Pérez Priego (2009, pp. 119-121).

²⁵ Ya en la *Embajada a Tamorlán* se comenta que la isla de Ténedos está frente a la antigua Troya y que la isla fue poblada por «el rey Príamo e hizo en ella un gran castillo, que llaman Ténedos, para defensa de los navíos que a esta ciudad viniesen» (p. 109). López Estrada recuerda, en su nota, los versos de *La Eneida* (II, vv. 21-23) a los que podría aludir esta vinculación.

²⁶ Se trata de un emplazamiento portuario fundamental, porque allí «tiene el turco toda su flota de galeas y naos, y unas atarazanas muy grandes, allí tiene hasta cuarenta galeas, y está el castillo muy abastecido y con mucha gente y gran guarda. (...) Y en este castillo tiene el turco todo su poderío militar para apremiar a los griegos» (PT, p. 124).

²⁷ Este «... que Dios aya...» nos da una pista sobre la redacción definitiva de la obra, puesto que Juan II de Castilla murió el 22 de julio de 1454.

²⁸ Ristres, llamas de fuego o escamas fueron algunas de las extrañas marcas que Juan II hizo grabar en enseñas, edificios y objetos suntuarios, y varias de ellas, como las de las escamas hechas collar, pasaron a ser divisas, como estudia e ilustra muy bien Fernández de Córdoba (2012), aunque sin mencionar esta interesante nota de Tafur.

fallé en un estrado sentado e una piel de león tendida, sobre que tenía los pies. Allí le fize reverencia e le dixé cómo yo venía aí por visitar su persona e casa e ver sus tierras e señoríos, e principalmente por saber verdaderamente la razón de mi linaje, que se dizíe aver salido de allí e de la sangre imperial suya» (PT, p. 127). Aquí empieza un episodio extraño y hasta cierto punto todavía indescifrable cabalmente. Tafur le cuenta al emperador su versión de lo que conocía de su propio linaje: «la manera que acá se dizíe que avíe pasado». Y, en primer lugar, el emperador le dice que «mandaría catar las estorias antiguas e saber la verdad de todo». Y luego interroga a Tafur para que le dé noticias de Castilla y de Europa: «nuevas de la tierra e príncipes latinos, especialmente del rey de España, mi señor, e de su estado e de la guerra con los moros». Días después le ofrecerá la respuesta.

Entre tanto, al día siguiente, le pide que le acompañe de caza: «E otro día embió por mí, que quería ir a caça, e embióme caballos para mí e para los míos, e fui con él e con la emperatriz su muger, que iba allí» (PT, p. 127). Es la primera vez que menciona a María, la princesa de Trebisonda y tercera esposa del Paleólogo. Ese mismo día el emperador le dice que ya se había sabido aquello —las «estorias antiguas»— por lo que había preguntado y a su regreso de la jornada manda llamar a los escribanos para que le den razón al respecto. Aquí resume el propio Tafur las conclusiones de la investigación histórica. Y lo que nos cuenta Tafur que se averigua es la confirmación de su sospecha sobre que su familia tenía en su origen sangre real bizantina, porque un tal don Pedro, primogénito de Constantinopla, vino a Toledo, dando origen al linaje por medio de su hijo o nieto, el conde don Esteban Illán, de quien sería nieto Pedro Ruíz Tafur («principal en ganar a Córdoba» [1235]). Todo esto lo confirma a través de su escudo heráldico, con fajas de gules sobre jaqueles (ajedrezados) de azul y plata. Ochoa (1985, pp. 287-288) estudió, a partir de los pocos datos aportados por el texto, la posible verosimilitud del don Pedro huido de Constantinopla a Castilla, al parecer antes de la toma de Toledo (1085) por Alfonso VI. Porque no aparece en la historia de Bizancio de la segunda mitad del siglo XI ningún enfrentamiento entre heredero y padre gobernante como el que plantea Tafur que motivó la salida del tal don Pedro. Tafur dice que el rey castellano le dio en matrimonio a una hermana suya legítima, algo imposible de verificar en los matrimonios de las familias regias de la época. Como concluye Ochoa: «Nada nos permite afirmar que existiera, pero tampoco hay garantía de que se trate de una leyenda» (1985, p. 289).²⁹

²⁹ Los datos fundamentales sobre Pero Tafur habían sido previamente recogidos y ordenados en el estudio biográfico de Ramírez de Arellano (1902).

Lo cierto es que, a partir de aquellas averiguaciones, por imprecisas que resulten, el emperador «me acatava con mucho amor e como a persona de su sangre» (PT, p. 133). Después, conoce a otros castellanos y hombres «de otras naciones de los latinos a sueldo del emperador», y en especial a uno, que resulta ser castellano (pero no quiere revelar su lengua en público), que tiene también en su casa «el collar de oro de escama de la devisa del rey», y que le hace gran honor y le llega a ofrecer a su hermana para que «la sirviese por amiga», con el fin, probablemente —sospecha Tafur— de casarla con él. Insiste luego Tafur en que repetidamente era invitado por el emperador o por su mujer para ir a caza, y «dezían que avían muy gran placer comigo» (PT, p. 134). La asiduidad y familiaridad de Tafur con la casa del emperador, y en concreto con María de Trebisonda, es máxima, por lo que vemos. Lo confirma Ronchey en su documentado estudio:

L'imperatrice rimase a Constantinopoli dopo la partenza di Giovanni viii per Italia. Tafur ci fornisce un resoconto dettagliato delle sue attività, quasi una presa diretta. Possiamo seguirla mentre insieme al reggente Costantino fa visitare all'ospite castigliano i segreti del Sacro Palazzo. Quando Tafur parte per Adrianopoli e di lì si reca a Trebisonda, viene ricevuto da Giovanni iv Comneno, fratello di Maria, con cui si intrattine a lungo e al quale da notizie della sorella. Al suo ritorno la ritrova a Costantinopoli, dove la incontra per darle a sua volta dettagliate notizie di Giovanni e degli altri fratelli. [...] Non gli era stato difficile diventare in poco tempo quasi una persona di famiglia. La confidenza che aveva stabilito con Maria era così grande che fu lei stessa a dirgli di considerarlo «un compatriota». Passava le giornate con l'imperatrice, con il fratello e con il cognato Costantino, che portavano a messa a Santa Sofia e a visitare la città (2006, pp. 177-178).

A los quince días de su llegada, el emperador «ovo de partir para se acordar con el papa, en las galeas de venecianos». El emperador, si hacemos caso a Tafur, insiste hasta el último momento en que le acompañe en su viaje: «fui mucho mandado e asaz rogado por él que feziese aquel camino con él, e yo toda vía lo feziera salvo que me escusé diciendo que me era forçado de ver primero toda la Grecia e la Turquía e aún Tartaria. E quando vido que no podía más comigo, encomendóme a la emperatriz su muger e a Dragas, su hermano, a quien él dexó por heredero en el imperio —éste fue el que los turcos mataron ahora— e él partióse con gran estado».³⁰ Ese «gran estado» era, en efecto, una compañía

³⁰ Constantino XI, hermano del emperador, cuarto hijo de Manuel y de Irene Dragas (o Dragases), sucedió a su hermano al morir, en noviembre de 1449. Moriría en Constantinopla, defendiendo el sitio, en 1453. Es una nueva confirmación de que las *Andanças* tienen su redacción final tras esa fecha.

de «ochocientos hombres, todos los más fijosalgo» (PT, p. 134). Las excusas de Tafur son importantes para entender que se había propuesto tomar notas informativas *in situ* en torno a la situación estratégica, comercial y militar de algunos de los mayores emplazamientos cristianos —de genoveses, principalmente— en territorio lindante entre Grecia y Turquía. Y nada, ni siquiera una invitación tan sugerente como la del emperador para acompañarlo, le podía apartar de ese empeño.

Tras la marcha del emperador, Tafur pidió al hermano de éste, el «déspota» Dragas que había quedado como regente, que «me encaminase para yr a Andrinópolis, una çibdat la mayor que ay en toda la Greçia, afueras de Constantinópolis, donde el Turco tenía su hueste» (PT, p. 134). Gracias a la mediación del déspota, el hermano de un mercader genovés de Adrianópolis acompaña a Tafur hasta dicha ciudad y consigue que se entreviste con el Gran Turco, Murad II (Amurates o «el Murato», proclamado sultán turco en 1421). Tafur describe su persona (cuarenta y cinco años, «assaz fermoso de gesto, e parecía en su continente persona discreta, de gesto grave»), hace un balance aproximado de su ejército («aunque parezca que yo digo mucho, refiérome a aquellos que me lo dixeron, que tenía seiscientos mil de a caballo»). Y se detiene en su cortejo, incluidos «juglares» (cantores y músicos) y «una gran flota de mujeres que dizían que todas eran dueñas de su cuerpo, que pasaban de trecientas» (PT, pp. 135-136). Constata los peculiares usos de los turcos para cabalgar en la caza, sus vestimentas y tocados. Incide en el poco cuidado que tienen de los caballos, aventurando con sorna la hipótesis de que en Castilla, sumando acémilas, mulas, asnos, etc., se sobrepasaría con creces el número de los equinos turcos. Y concluye con una muy halagüeña apreciación general: «los turcos es noble gente, en quien se falla mucha verdad y biven en aquella tierra como fidalgos, así en sus gastos como en sus traeres e comeres e juegos, que son muy tahúres, gente muy alegre e muy humana e de buena conversación, tanto que en las partes de allá, cuando de virtud se fbla, no se dize de otros que de los turcos» (PT, p. 137).

Vuelto a Constantinopla, descansa ocho días y le vuelve a pedir al déspota Dragas que en este caso le facilite el viaje a Cafá, la colonia genovesa en Crimea, con una nave de patrón genovés. Así se inicia el viaje que le conduce, costeando el Mar Negro, a Trebisonda (pp. 138-140) y a Cafá (PT, pp. 140-146). En Trebisonda, que describe cumplidamente, se encuentra con el emperador del territorio, Calo-Juan IV, primogénito de Alejo IV de Trebisonda y hermano de María. Éste le pregunta por el emperador de Constantinopla, «por su hermana la Emperatriz e por su otro hermano, el qual tenía desterrado» (PT, p. 139), es decir, por Alejandro. El emperador insiste en que se quede con él y Tafur se excusa, pero, además,

le llegará a reprochar con desparpajo su matrimonio con una turca, que le podía conducir a convertirse a la religión musulmana (la amonestación de Tafur se nos puede antojar a los lectores actuales altanera e insolente, dada la diferencia de estatus). De Cafá realiza una descripción panorámica y aporta datos históricos y etnológicos tan valiosos como los referidos a la venta de esclavos en el mercado, explicada con pormenores. De hecho, él mismo confirma que compra allí para sí dos esclavas y un esclavo, que tiene —«e generación de ellos»— todavía en el presente, en Córdoba, cuando redacta o reescribe su relato (PT, p. 141). En Cafá dice haber encontrado a Alfón Fernández de Mesa, uno de los embajadores a Tamorlán, y comenta que allí habían estado previamente los componentes de la *Embajada*; pero probablemente equivoca el lugar del encuentro, que tal vez fuera Trebisonda, por donde sí que habían pasado los embajadores (pero sin llegar a Cafá, que los desviaba de su ruta directa a Samarcanda), en abril de 1404.³¹

El regreso a Constantinopla, recalando de nuevo en Trebisonda, no deja de ser accidentado, porque el peligro de contagio de peste llegada a través de las naves había hecho que no pudieran recalar ni allí ni en Pera. Sin embargo, las influencias de Tafur con el déspota le permiten entrar sin problemas. Lo primero que hace es rendir reverencia al déspota y a la emperatriz. Al día siguiente, cuando Tafur pide al déspota que «por merced que me mandase mostrar Santa Sufía e las santas reliquias», tienen a bien acompañarlo no sólo éste, sino también «la señora emperatriz e su hermano el emperador de Trebisonda, que quería ir allí a oír misa».³² Pero dejemos la descripción no sólo de Santa Sofía, sino de otros focos de atracción de la ciudad para más adelante, donde comparemos ciertas partes de esta descripción con la que efectúan La Broquière y otros viajeros. Nos interesa ahora perseguir algunos datos más que nos confirman la vinculación de Tafur con el emperador y el Papa.

Los meses de febrero y marzo de 1438 transcurren para Tafur en la capital imperial. En total, habría estado más de tres meses, incluyendo el viaje a Crimea. Pero Tafur zarpa para Venecia la primera o segunda semana de abril del mismo año; estará allí el 22 de mayo, después de un ajetreado trayecto por las islas griegas

³¹ Tafur demuestra conocer, además del testimonio personal, incluso el texto de la *Embajada*, según interpreto de la última línea de la cita (la cursiva es mía): «Este es el camino que fizieron los embaxadores del rey don Enrique cuando fueron al Tamurbeque, e dizieme a mi Alfón Ferrandes de Mesa que avie tanto desde allí a lo postrero que anduvo como de allí a Castilla, pero ellos fueron e vinieron camino derecho, e vieron cosas bien estrañas por el camino e en casa del Tamurbeque, según ellos dizen ciertamente» (PT, p. 144).

³² En realidad, Alejandro, hermano *del* emperador Calo-Juan IV, a quien acababa de visitar Tafur en Trebisonda, y que Tafur ha dicho claramente que tenía «desterrado» al primero (PT, p. 139).

y la costa dálmata. De Venecia, que describe con pormenor (PT, pp. 169-184), se traslada a Ferrara, adonde llega uno de los primeros días de junio, cuando está en pleno auge el concilio. Quiere pasar por allí, sin duda para encontrarse o reencontrarse con personalidades relevantes, antes de emprender su viaje al centro de Europa. En Ferrara, en efecto, es recibido por el Papa, que le pregunta por «el fecho de Jerusalem, e del Soldán e del Turco, e aun del emperador que tenía aí consigo, qué poder era el suyo». Precisamente, Tafur le da cartas al emperador que le han sido encomendadas por su mujer, María, y por su hermano el déspota. El emperador —vuelve a comentar Tafur— se muestra enormemente obsequioso con él.³³ Acompañado por éste, Tafur asiste, en fin, a una de las sesiones del concilio, «de tres o cuatro oras en fabla», sesión que versa, como dice escuetamente, «sobre las dudas de la fe entre los griegos e los latinos» (PT, pp. 187-188). A esa simple especificación quedan reducidas las controvertidas discusiones teológicas de meses y meses, sobre el *Filoque* y otros asuntos graves, vistas desde fuera por alguien como él, inteligente pero no erudito ni excesivamente ducho o preocupado, al parecer, por la teología. Tafur no habla de caza, pero es posible que acompañara de nuevo a cazar al emperador, porque sabemos que éste fue uno de los principales y más costosos entretenimientos del Paleólogo en Ferrara.

De Ferrara, pasando por Milán y cruzando los Alpes (era julio o agosto, por lo que la cordillera era transitable), llega Tafur a Basilea, «donde entonces se tenía el concilio» (en realidad, recién trasladado a Ferrara, como hemos visto) y visita en el monasterio cisterciense de Maristella (Wettingen) al cardenal Juan Cervantes, quien había sido enviado por Juan II como embajador del reino de Castilla en 1433, junto al cardenal Alonso Carrillo y a fray Juan de Torquemada. Habría una segunda embajada, en 1434, más numerosa, a la que acudiría Alfonso de Cartagena. Tafur menciona a Cervantes, Carrillo y Cartagena (pp. 195-196) y menciona las razones —desavenencias— por las que el primero de ellos «no quería entrar en Basilea por no fazer enojo al papa Eugenio». No es poco lo que permanece

³³ Se enfada, eso sí, porque al día siguiente de la llegada Tafur se ha afeitado la barba y se reproduce en el relato una pequeña discusión sobre la costumbre de llevar o no barba que tienen orientales y occidentales. Porque la barba, como reconoce Tafur, era para los primeros «la mayor onra e el mayor bien que los omnes tienen». Ronchey, a propósito de su característica barba puntiaguda, llama la atención sobre el reproche del emperador a Tafur: «tipica barba a punta (*sphenopogon*) che lo stesso imperatore riteneva “massimo onore e dignità per un uomo”, come disse a Pero Tafur, quando lo incontrò a Ferrara e notò che il giovane viaggiatore sí era tagliato la barba che usava portare quando si erano conosciuti a Costantinopoli» (*Regesto maior*, p. 85).

Tafur junto a Cervantes en Maristella, aunque aprovecha su estancia para curar una herida y visitar los baños de Baden-Baden (PT, pp. 197-198).³⁴

Tras detenerse en Colonia y en otras villas alemanas (PT, pp. 199-204), en septiembre llegará a Flandes. Y en Bruselas es recibido y agasajado por los duques de Borgoña. El duque, Felipe el Bueno, cuya corte describe Tafur breve pero correctamente, «me demandava de las partes donde avía andado e por menudo se quería informar de mí [...] dando a entender el gran deseo que tenía de fazer la conquista de Jerusalén, e así me parece según la inquisición fazíe» (PT, p. 209). El duque había enviado pocos años antes, como hemos visto, a Bertrandon de La Broquière, secretario de su total confianza, para que le informara documentadamente de la situación de las tierras de Oriente, con seguridad para tener una perspectiva objetiva sobre las posibilidades de implicación en proyectos de cruzada o misiones conjuntas de los reinos y principales casas nobiliarias europeas (Fig. 8).³⁵ Y, en efecto, Tafur le contesta que, después de pasar por París, «me bolvería en Castilla, porque sabía de cierto que el rey, mi señor, quería fazer la guerra en persona a los moros» (PT, p. 209).

Todo el otoño y parte del invierno lo pasa viajando por Flandes, Alemania, Austria, etc. Finalmente, de regreso a Italia, volverá a ver tanto al Papa como al emperador en Ferrara, entre el 15 y el 18 de enero de 1439, un día antes de que ambos partan para Florencia. No se puede perder la procesión del Papa por la ciudad, que describe con todo pormenor (PT, p. 239). El emperador de nuevo le pide que vaya con él: «el emperador quisiérame levar consigo». Tafur presume de ello, claro está, pero tampoco hay que pensar que esté fabulando, ni siquiera exagerando demasiado. En todo caso, se excusa («despacheme de él»), porque tiene que ir primero a Venecia (PT, p. 243). Pero después, en efecto, ya en febrero, acudirá a Florencia donde, entre descripciones elogiosas de sus monumentos,

³⁴ Véase, para la relación de los humanistas castellanos con Italia y los concilios, sobre todo el de Basilea, Gómez Moreno (1994). Alvar (2000, pp. 262-264) proporciona un buen resumen de los encuentros intelectuales, atendiendo principalmente al papel de los traductores y la relevancia de los textos traducidos e intercambiados. Sobre la figura de Alonso de Cartagena, limitándonos al esencial debate con Leonardo Bruni sobre cómo debía traducirse a Aristóteles, que constituye uno de los episodios más conocidos en la historia de la traducción medieval, véase Morrás (2002).

³⁵ Para la relación de confianza entre el duque de Borgoña y La Broquière, determinante para entender el sentido del viaje y los propósitos del viajero con su relato, véase especialmente Bárány (2016). En la tesis de Bárány, «the work is a piece of appellation to Christian worthiness and chivalrous appraisal. The *Voyage* served very well in this regard: it became a part of the works [of the duke of Burgundy] connected to the crusading propaganda embodied in the *Voeu de Faisan*, closely tied to those treating the legend of Jason and the Golden Fleece» (p. 287). Para este y otros proyectos de las llamadas «cruzadas tardías», véase un balance reciente en Paviot (2014).

de su regimiento político y de sus prestaciones sociales (hospitales), confirma que «fallé al Papa e al emperador» (PT, p. 244). Y aquí acaban, en el relato de las *Andanças*, las menciones de relación de Tafur con los dos principales protagonistas del concilio. Como vemos, sus contactos con ellos han sido llamativamente frecuentes y revelan una cercanía propia de los embajadores o diplomáticos de mayor confianza de reyes y grandes nobles en la época.

4. CONSTANTINOPLA EN LOS RELATOS DE PERO TAFUR Y BERTRANDON DE LA BROQUIÈRE

Hemos comentado ya cómo el déspota y futuro emperador, la misma emperatriz y el hermano de ésta, Alejandro, habían tenido a bien acompañar a Tafur en su primera visita a Santa Sofía, aprovechando para oír misa allí. Una buena guía era necesaria y, así, años antes, los embajadores a Tamorlán habían tenido la de un noble genovés, Hilario Doria, y la de otros hombres de la casa imperial.³⁶ Es difícil dejar de volver a reproducir siquiera algunas pocas líneas con parte de la cabal descripción de las dimensiones de la actual mezquita de Santa Sofía de Estambul, basílica patriarcal entonces. Dentro de la iglesia, Tafur admira la solidez arquitectónica del edificio —epítome de la arquitectura bizantina—, los mosaicos, la perspectiva, y remata sus palabras con un encendido encomio de la perfecta combinación entre geometría, riqueza suntuosidad y belleza:

E este circuito lo más está mal parado, pero la iglesia en tal manera está que oy parece que se acaba de fazer, a la manera griega, de muchas capillas [=‘bóvedas’] altas todas cubiertas de plomo e de dentro de lavor mosaica fasta una lanza del suelo, e tan sutil lo musaico que aún el pincel no se atrevería a lo fazer mejor. E de allí abaxo tan delgadas losas entremezcladas con mármoles pórpidos e jaspes muy ricamente labrados e el suelo de losas muy grandes por magnificencia asserradas muy delgadas. Entre estas capillas e en medio de ellas está aquella principal, que dixé que parecía de tan lexos [la había destacado, al divisar su imponente altura a lo lejos, cuando se acercaba a Constantinopla por el mar de Mármara], la altura de la cual no se podría creer que cimiento tal sostuviese. De dentro

³⁶ *Embajada*: «Martes siguiente [...] los dichos embajadores enviaron dezir al Emperador en como ellos avían en voluntad de ver e mirar aquella ciudad; otrosí de ver las sus reliquias e iglesias que en ella avía; e que le pedían por merced que ge lo mandase mostrar. E el emperador mandó a su yerno que llaman micer Ilario, genués [Hilario Doria, convertido a la Iglesia griega], que era casado con una fija que no era legítima [Isabel o Zambar, hija natural], que andudiese con ellos e con otros ciertos omnes de su casa, e les mostrasen todo lo que quisiesen ver» (p. 117).

está de mosaico, como dixe, e una figura de Dios Padre en medio, e de abaxo parece como estatura de un comunal ombre, e dizen que en pie tiene de longura tanto como una lança de armas e de ojo a ojo una gran medida de palmos, e en medio de aquella está el altar mayor. Aquí se puede ver toda cuanta gentileza e riqueza pudo caber en la geometría. (PT, 149)

Se puede comparar ésta con la descripción que dejaba anotada González de Clavijo en la *Embajada*, mucho más pormenorizada, pero destacando igualmente la grandeza, el colorido de los mosaicos y el prodigio de la perspectiva (Fig. 9).³⁷

Bertrandon de La Broquière, por su parte, se muestra algo más lacónico en la descripción.³⁸ Y otro viajero, el alemán Johannes Schiltberger, que residía en la ciudad en 1428, resulta más selectivo a la fuerza, porque no pudo llegar a ver Santa Sofía por miedo a ser delatado y a que, como dice, el emperador se viera obligado a entregarlo a los turcos como prófugo.³⁹

A continuación, aprovechando que el déspota tenía una llave, le enseñan a Tafur los tesoros de la iglesia, las «santas reliquias»:

E allí los señores que dixe mandaron a los clérigos que sacasen allí las santas reliquias. E el díspute tiene la una llave e el patriarca de Constantinopla, que aí estava, tiene la otra, e la tercera el prior de la iglesia. E vestidos los clérigos, con procesión truxeron las reliquias,

³⁷ *Embajada*: «Y el cielo d'esta cuadra era cubierta e debuxada de obra de musica muy rica. E en medio del cielo e encima del altar mayor, estava figurado una imagen de Dios Padre, muy grande e muy propia, de aquella obra de musica, de muchas colores. Tal alta es esta cuadra de Dios Padre onde está fecho, que [desde abaxo] no parecía salvo tan grande como un ome, poco más; e tan grande es que dizen que del un ojo al otro á tres palmos. Al que mira no le parece salvo que es como un omne; esto es por la grand altura en que está» (p. 130). Es con toda seguridad la descripción del Cristo Pantocrátor, dentro del mosaico de la Déesis. Véase otro de los magníficos mosaicos que los embajadores pudieron —como nosotros— admirar en la Fig. 9.

³⁸ La Broquière: «Il y a des très belles églises, à savoir l'église de Sainte-Sophie que est l'église principale, où le patriarche demeure, ainsi que d'autres personne comme les chanoines. [...] C'est un grand édifice circulaire; on dit qu'autrefois elle devait faire trois milles de circonférence, mais désormais elle n'est pas si ample. Elle était faite de cloîtres, dont trois demeurent encore; ils sont pavés de larges marbres blancs et lambrissés. Les portes, d'airain, sont hautes et larges. Puis le corps de l'église se compose de trois niveaux, tos faits d'une manière spécifique: l'un est sous la terre, l'autre au niveau du sol et le troisième est en hauteur. On circule tout autour comme on le fait dans un cloître. Tout est lambrissé et pavé de larges marbres. Les piliers son gros est ont de nombreuses couleurs» (2010, pp. 143-144).

³⁹ De hecho, se limitará a destacar un elemento sólo, entre lo más llamativo exteriormente: el número de las puertas: «La iglesia de Santa Sofía tiene trescientas puertas de latón. En Constantinopla, permanecí alojado tres meses en casa del patriarca, pero no se nos permitió, ni a mí ni a mis compañeros, circular por la villa, porque se temía que los infieles nos reconociesen y que el emperador nos reclamara» (Schiltberger, 2008, pp. 65-66; la traducción es mía).

que fue: primeramente, la lança que entró en el costado de Nuestro Señor, maravillosa reliquia, e la saya sin costura de Nuestro Señor, la cual parecía que deviera ser morada e por longueça de tiempo estava como pardilla, e un clavo de Nuestro Señor e ciertas espinas de la corona, e muchas otras cosas así del madero de la Cruz como de la columna en que fue açotado Nuestro Señor. E así cosas de Nuestra Señora la Virgen María e las parrillas en que fue asado San Lorenço, e otras muchas reliquias que Santa Elena, quando fue a Jerusalén, las tomó e truxo allí, las cuales están en grandíssima reverencia e gran guarda. ¡Plega a Dios que ellas en esta destrucción de los griegos no ayan venido en manos de los enemigos de la fe, porque ellas serían maltratadas e poco reverenciadas! (PT, p. 150)

Como anota Pérez Priego, excepto las parrillas de San Lorenzo, que sí que dicen que han visto en Santa Sofía (*Embajada*, p. 132), varias de las reliquias que menciona Tafur («el fierro de la lança», la «vestidura de Jesús») y algunas otras más, los embajadores a Tamorlán dicen que las contemplaron en la iglesia de San Juan, con gran ceremonial de los clérigos y en presencia de un caballero del emperador, tras lo cual lloraron e hicieron oración.⁴⁰

Las concurrencias entre los relatores son normales, al igual que las pequeñas diferencias. El relato de La Broquière, en concreto, coincide con el de Tafur al presentar como reliquias principales (por orden): los «vêtements de Notre Seigneur» («la saya sin costura de Nuestro Señor», en Tafur; la «vestidura», en la *Embajada*), «le fer de la lance» («la lanza que entró en el costado»), «les grandes barres de fer du gril sur lequel saint Laurent fut rôti» («las parrillas en que fue asado San Lorenço»). Observemos que La Broquière diferencia muy bien entre lo que le dicen que hay y lo que comprueba que efectivamente está; distingue entre el «on dit que'en cette église se trouve...» (las vestimentas, el hierro de la lanza, la caña y la esponja), aquello que verifica personalmente («moi, j'y ai vu, derrière le chœur»), como la presencia constatable de las parrillas de San Lorenzo, y, en tercer lugar, lo que también ha visto («j'y ai vu [aussi]»), una losa («pierre large»), y lo que se dice que podía haber sido en el pasado («où l'on dit...»), en este caso

⁴⁰ *Embajada*: «el pan que el jueves de la cena... [...], la sangre de nuestro señor Jesucristo, de la que salió por el costado quando Longinos... [...] de las barbas de nuestro señor, de las que le mesaron los judíos quando lo crucificaron [...], un pedaço de la piedra [...] quando lo descendieron de la cruz, [...], el fierro de la lança [...] un pedaço de la caña [...] Un pedaço de la esponja [...] la vestidura de Jesucristo nuestro Dios sobre que echaron suertes...» (pp. 136-138). La esponja y la caña con la que se le dio a beber a Jesús en la cruz no están en Tafur, pero sí en La Broquière: «l'éponge dont il fut abreuvé et le roseau ["caña"]» (p. 144).

la losa donde Abraham pudo haber dado de comer a los tres ángeles que fueron a destruir Sodoma y Gomorra.⁴¹

Tafur puede parecer algo escéptico aquí, como en otras ocasiones, en cuanto a que las reliquias sean las verdaderas, por ejemplo cuando se refiere al extraño desteñido de la saya de Jesús, pero no hay pruebas para dudar de su creencia con fe en las reliquias (sí expresará sus reservas respecto a la multiplicación de las mismas, cuando las vea expuestas en otros distintos lugares), ni de su deseo expreso de que no caigan en manos de infieles. Son totalmente esperables las coincidencias de los viajeros, en todo caso, en estos detalles de *descriptio*, al igual que en la guía de las ciudades principales: Constantinopla, Roma, Venecia. Manejaron guías solventes, *descriptions urbis* que les ofrecían los datos básicos para resumir, y hasta itinerarios para seguir.⁴² Así, a continuación, no será tampoco extraño que nuestros viajeros concuerden en la descripción del espacio del Hipódromo, de la llamada Torre de Leandro, de la columna de Justiniano (que ambos llaman de Constantino), del palacio-iglesia de Blaqueria, de la falsa sepultura de Constantino y de otras (La Broquière, pp. 145-46; PT, pp. 153-155).

En efecto, después de ver las reliquias de Santa Sofía, Tafur, al salir, menciona la columna de Justiniano, que los embajadores a Tamorlán habían ya descrito detalladamente (PT, pp. 150-151). Pero Tafur confunde esta columna —o le informan mal— y dice que es la de Constantino, que realmente estaba en el foro. Pero en la misma confusión tropieza La Broquière.⁴³ En todo caso, no olvida insistir

⁴¹ La Broquière: «l'église de Sainte-Sophie [...]. On dit qu'en cette église se trouve un des vêtements de Notre Seigneur, le fer de la lance, l'éponge dont il fut abreuvé et le roseau ['caña']. Moi, j'y ai vu, derrière le chœur, les grandes barres de fer du gril sur lequel saint Laurent fut rôti; j'y ai vu [aussi] une pierre large comme un lavoir où l'on dit qu'Abraham donna à manger aux trois anges qui allaient détruire Sodome et Gomorrhe» (p. 144). Bárány (2016, pp. 283-287) ha estudiado detenidamente el papel de las reliquias en la obra y juzga su detenida mención como extraordinariamente relevante para los objetivos de La Broquière de convencer al duque sobre la necesidad de la cruzada; como concluye: «Beyond the real causes, the actual threats the Ottomans posed to Christianity, he was to resort to the Duke's crusading aspirations with the "side-effects" of his "pilgrimage": relics and ancient heroes in order to rouse chivalrous eagerness» (p. 287).

⁴² Así se ha visto en los trabajos clásicos de López Estrada (actualizados en 2003), Pérez Priego (1984), Rubio Tovar (1986), Ochoa (1990), Beltrán (1991) o Eberenz (1992), entre otros. El estudio más completo sobre la retórica utilizada para la descripción geográfica por los viajeros medievales, lo debemos a Béguelin-Argimón (2011). Una perspectiva más literaria de esa poética de la descripción había sido adoptada previamente por Carrizo (1997). Específicamente para la Constantinopla que describe Tafur, hay que seguir los trabajos de Diehl (1932), Vasiliev (1932 y 1935), Cirac (1961), Bravo (1983, 2004 y 2007), Ochoa (1985 y 1987) y Molina (2016).

⁴³ En el ágora de Constantinopla (conocida como Augustaion) estaba, en efecto, la columna de Justiniano, tan alta como la cúpula de Santa Sofía (como dice Tafur, «más alta mucho que no es

Tafur en que había ido siempre acompañado por sus nobles anfitriones: «El señor e la emperatriz e su hermano fuéronse a su palacio e yo bolvíme a mis posada» (PT, p. 151).

La descripción de la iglesia de «Santa María», a la que acude otro día, y que ha sido identificada por Bravo (1983) con Nuestra Señora de los Guías, es igualmente interesante (PT, pp. 151-152), sobre todo por su procesión, como vamos a comentar. Y luego la iglesia de Blaquerna (PT, p. 153; La Broquière, pp. 148-149), si bien mucho mejor descrita por los embajadores a Tamorlán («Santa María de la Cherne» la llaman); el monasterio de Pantocrátor (PT, p. 153, La Broquière, p. 147), hoy mezquita de Zeyrek, levantada sobre dos iglesias ortodoxas (el edificio religioso bizantino más grande de los conservados hasta nuestros días, después de Santa Sofía); la Torre de Leandro (PT, p. 153), así llamada por la leyenda de Hero y Leandro; el Hipódromo (PT, p. 155; La Broquière, pp. 145-146), cuya descripción adereza Tafur con una leyenda sobre una especie de autómatas o estatuas mecánicas que dirimía diferencias entre mercaderes cerrando la mano, versión de la que muestra desconfiar («aún desto más fe daría yo a cualquiera de los Evangelios»); etc. La impresión geométrica, en el balance final, de que «la ciudad de Constantinopla es fecha en triángulo, las dos partes en la mar e la una en la tierra...» (p. 155), coincide, por último, con lo que apreciará el viajero Schiltberger: que el plano de la villa es triangular, como un escudo de tres puntas, con dos lados flanqueados por el mar (2008, p. 63).

Los estudiosos se han detenido en diversos elementos descriptivos de los relatos castellano y francés, pero hemos querido confrontar algunos de ellos en estas pocas líneas, sin afán de exhaustividad, puesto que habían sido siempre analizados por separado (con la excepción de las notas de Izeddin, 1951) y la puesta en común de los relatos del andaluz y del borgoñón hace ver una coincidencia reseñable de intereses, de sensibilidad, de formación y, desde luego, de aptitudes retóricas. La

la capilla grande [de Santa Sofía]), construida en ladrillo y cubierta con una capa de bronce. En la parte superior estaba la estatua del emperador Justiniano a caballo, sosteniendo en la mano izquierda un globo y señalando con la derecha hacia el este. La estatua fue abatida en 1525. En esa descripción básica coinciden ambos autores, pero es curioso que discrepen en la interpretación del gesto de la mano derecha extendida. Para Tafur, Constantino [ya hemos dicho que lo confunde con él] «pre-nusticó que de la parte donde señalava con el dedo avíe de venir la destrucción de la Grecia, e parece que así fue» (p. 151). Para La Broquière, «son bras droit est tendu, mans ouverte vers la Turquie et en direction Jérusalem, par voie terrestre, en signe que tout ce pays jusq' à Jérusalem lui obéissait» (p. 146). En realidad, esa idea de dominio y control frente a los bárbaros era la que ya expresaba Procopio, coetáneo de Justiniano (lo anota Paviot, en su ed., de La Broquière, p. 146), pero es curioso que Tafur la aplique a la «mançana» de la otra mano, «señal que todo el mundo era en su mano».

colación íntegra de muchas de sus descripciones, de otra parte, tampoco parece que deba conducir necesariamente a deducciones de mayor calado, a no ser que pensemos —y no es en absoluto descartable— en que Tafur pudiera haber manejado una copia del relato de La Broquièrre (o, al contrario, el francés también, por qué no, una copia de una primera versión del relato del castellano).

Frente a esas meras especulaciones, sí que me interesa destacar un aspecto en el que a mi juicio se podría hacer mayor hincapié, para avanzar no sólo en el reconocimiento del valor etnológico de estos libros como fieles reflejos de costumbres en el pasado, sino en la articulación diacrónica —hasta el presente— de las perspectivas culturales que ofrecen. Y me refiero, además de a la *descriptio* de objetos estáticos (ciudades, monumentos), a la presentación en ambos textos de fastos, festejos o actos ritualizados a los que los viajeros tienen oportunidad de asistir y que esporádica pero sistemáticamente van apuntando en sus relatos. Y, en concreto, a la descripción de determinadas ceremonias religiosas, caballerescas o de otro tipo, que rellenan de colorido —de contenido vivo— algunas de las «naturalezas muertas» —geografía, edificios, personas incluso—, que son descritas con los procedimientos más objetivos, o más sencillos y planos de la *evidentia* retórica. El momento de la salida de María de Trebisonda de Santa Sofía será la ceremonia en la que nos centraremos más adelante. Pero quisiera llamar la atención brevemente, antes, sobre otras dos escenas muy cercanas a ésta, una en el texto francés y otra en el castellano, que me parece que podrían ser paradigmáticas en ese sentido.

Nos encontramos, en la primera escena, con que Bertrandon de La Broquièrre acude a mediados de diciembre de 1432 a Santa Sofía, para estar presente al parecer en la representación teatral de un misterio religioso, el *mistère* de los tres niños que Nabucodonosor hizo meter en el horno (*Daniel*, 3). Lo que le interesaba al borgoñón, como confiesa —y vamos a ver con mayor detenimiento en el siguiente apartado—, era poder seguir lo más de cerca posible los pasos de la familia del emperador griego: menciona que en el templo se encuentran no sólo Juan VIII Paleólogo, sino su madre Helena, su mujer María de Trebisonda y el hermano de ésta. Y, sobre todo, como vamos a ver, le interesaba observar el comportamiento y movimientos de la emperatriz María. Lo curioso es que para una finalidad profana, la de lograr contemplar a la princesa y ver cómo montaba a caballo («je voulais la voir à l'extérieur et comment elle montait à cheval»), el viajero nos tenga que describir antes su espera paciente a lo largo del día: «Je patientai tout le jour pour voir leur façon de faire». Leemos en el pasaje cómo aprovecha la oportunidad de que el patriarca hacía misa, a la que asistía toda la familia del emperador. Y, puesto que no quiere perderse nada de «leur façon de faire», le toca

permanecer sin comer ni beber en todo el día, seguramente pasando bastante frío, teniendo en cuenta que era diciembre: «Je restai tout le jour sans boire et sans manger jusqu'au soir, bien tard, pour voir l'impératrice...» Y para dar mayor sensación del paso del tiempo es por lo que menciona el misterio religioso: «Ils firent représenter un mystère au sujet des trois enfants que Nabuchodonosor fit jeter dans une fournaise» (La Broquière, p. 144).

La alusión a este misterio es cuando menos curiosa, porque, como anota Paviot, los misterios o representaciones teatrales no son conocidos en las representaciones ortodoxas. El misterio, sin embargo, lo encontramos, si no en basílicas patriarcales, sí, en cambio, como milagro y maravilla (lo incluye Mandeville entre las de Oriente), y desde luego en la tradición teatral medieval romano-cristiana, en el teatro del Renacimiento y hasta hoy día en celebraciones religiosas en España (Hermenegildo, 2009). Nabucodonosor, de hecho, como otros personajes profanos profetas (Virgilio, las Sibilas), se integra perfectamente dentro de la liturgia occidental. Y hoy, por ejemplo, podemos hallar sus vestigios en la tradición teatral y religiosa de Lorca, en la procesión de Semana Santa, donde desfila desde los años 80 del pasado siglo, pero perfilada a partir de 2006, una carroza de inspiración babilónica en la que aparecen los tres niños del *mystère* simbolizando a los tres hebreos lanzados al fuego por haberse negado a adorar la estatua de oro fabricada por Nabucodonosor (Montero, 2007, pp. 186-187).

En cuanto a la segunda escena y ceremonia religiosa, que igualmente pervive todavía hoy, tendrá lugar cuando Tafur visite la iglesia de Santa María. Se trataría de Santa María de Hodegetria, que Bravo (1983, pp. 39-47) identifica con el convento de Nuestra Señora de los Guías, fundada por Pulqueria, mujer del emperador Marciano (450-457).⁴⁴ La emperatriz había depositado en este convento las reliquias traídas por Eudoxia, esposa de Teodosio el Joven, de su viaje a Jerusalén, entre las cuales figuraba un icono de la Virgen supuestamente pintado por San Lucas, en cuyo honor se instituyó la fiesta de todos los martes que describe con detenimiento Tafur:

Una imagen de Nuestra Señora la Virgen María, que hizo San Lucas [...]. E todos los días del martes ayúntanse grandes gentes e van allí fasta veinte ombres vestidos de lienços

⁴⁴ La Virgen «odighitria», «la que muestra el camino», es una de las tres formas de representar a la Virgen en la Iglesia ortodoxa. Suele aparecer como madre con el Niño en brazos, sujetando éste un rollo con el Evangelio de San Juan. La tradición habla, por otra parte, de San Lucas como pintor de la Virgen, por lo que hay numerosas versiones de iconos —y también de retablos occidentales— con el evangelista pintando a la Virgen. Uno de esos iconos sería el adorado en procesión, que describe Tafur y que veía todos los martes durante su estancia en Constantinopla.

vermejos, como bueyes de matar perdices, e luengos e las cabeças cubiertas. E son linaje de ombres que otros no pueden fazer aquel oficio, e van con gran procesión e los de aquel ábito alléganse uno a uno a la imagen e, a quien ella place, déxase tomar tan livianamente como si no pesase una onça, e pónenla en el ombro e salen cantando fuera de la iglesia fasta la gran plaça, e allí aquel que la lieva pasea con ella de un cabo a otro e dale cincuenta bueltas al derredor, e parece que lo levanta algo del suelo e todo fuera de su sentido e color, puestos los ojos en ella. [...] ... e los clérigos toman algodón e lléganlo a la imagen e repártenlo por la gente que allí está e con aquella mesma procesión la vuelven a su lugar. E tanto que en Constantinopla estuve nunca erré día que no fuese allí, porque ciertamente es cosa de gran maravilla. (PT, p. 152)

Este tipo de procesión religiosa con ingredientes de fervor colectivo se mantiene hoy, evidentemente, en muchas festividades cristianas y de otras religiones: las andas, el esfuerzo para soportar el peso, la cofradía selecta de encapuchados, los arrebatos de fervor, el gentío agobiante, etc.⁴⁵ Pero destaquemos aquí solamente el detalle último del reparto de trocitos de tela de algodón bendecidos por el contacto con la imagen («... los clérigos toman algodón e lléganlo a la imagen e repártenlo por la gente...»), que llamaba la atención a Tafur como nos puede seguir llamando la atención, puesto que es un elemento del ritual de la exposición en estatua o icono del santo que perdura hasta nuestros días.⁴⁶

De hecho, una serie de ritos acompañan, en las tradiciones ortodoxas de hoy, por ejemplo en Bulgaria, la salida de distintas iglesias de iconos milagrosos como éste de la Virgen y el Niño asociado a San Lucas pintor. El icono de San Lucas sobre un anda de madera adornada de flores es portado también hoy por hombres especialmente escogidos. Normalmente culmina la procesión con la bendición de las aguas. Los peregrinos que logran tocar el icono rellenan de agua bendita los recipientes de quienes no han podido acercarse al objeto sagrado, debido al gentío o a causa de que sus minusvalías lo impidieran. A veces sobra con un trocito de algodón empapado de agua o que ha tocado el icono para transmitir los poderes milagrosos. Exactamente como hemos visto que cuenta Tafur que se hacía en la capital bizantina todos los martes, en esa procesión que le pareció extraordinaria y que intentó no perderse mientras estuvo allí: «nunca erré día que no fuese allí,

⁴⁵ Cuando habla de «vestidos de lienços vermejos, como bueyes de matar perdices», se entiende mejor el sentido si se recuerda el «boizuelo» («hombre vestido de bucy»), o señuelo para cazar perdices del que habla Pármeneo en *La Celestina*, auto XI: «El falso boizuelo con su blando cencerrar trae las perdices a la red».

⁴⁶ Ya reparó en el detalle Vasiliev (1932, p. 107). Véase también su otra nota sobre las *Andanças* (Vasiliev, 1935).

porque ciertamente es cosa de gran maravilla». Bakalova, en su análisis histórico de este tipo de procesiones búlgaras, ha destacado la antigüedad del rito, en un contexto más amplio, aludiendo a su pasado medieval y refiriéndose en concreto al relato de Tafur: «Cette pratique d'ailleurs n'est pas nouvelle: elle est attestée par les voyageurs médiévaux qui ont visité Constantinople. Le voyageur espagnol Pero Tafur, par exemple, décrit la procession avec l'icône de la Vierge Hodigitria qui était organisée tous les mardis» (2001-2002, p. 265).

Pues bien, la ceremonia que vamos a examinar tendrá que ver directamente con estos reflejos de una realidad viva, comunitaria, que en los relatos de los viajeros medievales aderezan —con equilibrio bien medido en la *dispositio* narrativa, pues se presentan espaciadamente— las más habituales descripciones de elementos estáticos, y que se vinculan directamente al dinamismo de las acciones, voluntades, sensibilidades y propósitos de los viajeros. En muchas ocasiones el relato del viajero medieval no es tan encorsetado, aséptico o frío como nos puede resultar a los lectores modernos en una primera y superficial lectura; al contrario, puede albergar toda una serie de apuntes de campo, verdaderas notas etnológicas plenas de viveza coetánea que siempre vale la pena apreciar con la atención que merece su excepcionalidad y rescatar para la historia de las culturas.

5. LA BROQUIÈRE, TAFUR Y LA SALIDA CEREMONIAL DE MARÍA DE TREBISONDA

En este contexto de observación casi empírica y reflejo por escrito de realidades excepcionales, dos viajeros y relatores distintos, que en principio no tenemos constancia de que se conocieran, muestran una idéntica admiración hacia una mujer, María de Trebisonda, a quien capturan con prácticamente la misma instantánea fotográfica. Realmente no es una fotografía, puesto que no es la descripción de una figura estática, sino una especie de sucesión de fotogramas que atrapan y reproducen la escena de María montando a caballo. En el caso de La Broquière, con su escenario filmado del natural, a la salida de una iglesia, rodeada de su séquito, ocultando y a la vez mostrando sus encantos físicos. Desempeñando perfectamente, con todo el ceremonial necesario, su papel de emperatriz, pero arrojando a nuestros ojos contemporáneos, torpes frente a la gestualidad medieval, una mezcla de signos confusos que nos la hacen ver representando a la vez el papel de reina, actriz y sacerdotisa.

Por orden cronológico, leamos a Bertrandon de La Broquière primero. En diciembre de 1432, acude a Agia Sofía, y asiste a la representación teatral del misterio de Nabucodonosor y los tres niños, como hemos comentado. Y confiesa que

pasa una verdadera penitencia de ayuno para poder contemplar en primera fila a María de Trebisonda y luego se supone que aprietos, puesto que la multitud, o tal vez la guardia, le obliga a retroceder:

Je restai tout le jour sans boire et sans manger jusqu'au soir, bien tard, pour voir l'impératrice (celle-ci avait diné dans une demeure près de là) tant elle m'avait semblé belle à l'église; [je voulais] la voir à l'extérieur et comment elle montait à cheval. Elle n'avait avec elle que deux ou trois hommes d'état âgés et trois de ces personnes semblables à celles dont les Turcs font garder leurs femmes [eunuques]. Quand elle sortit de la demeure, on apporta un banc sur lequel elle monta, puis on lui amena un très bon roncín paré d'une belle et riche selle. En se rendant près de ce banc, un de ces nobles âgés saisit le long manteau qu'elle portait, passa de l'autre côté du cheval et étendit le manteau sur ses mains le plus haut qu'il put. Elle mit un pied dans l'étrier et elle monta à cheval, comme un homme, puis il lui rejeta le manteau sur les épaules et lui donna un de ces longs chapeaux grecs, pointus, sur lequel se trouvaient, le long de la pointe, trois plumes d'or qui lui seyaient très bien. Elle me sembla aussi belle, voire plus qu'auparavant. Je m'approchai si près que on me dit de me reculer. A mon avis, il n'y avait rien à redire [de sa beauté], sauf qu'elle avait le visage maquillé, ce dont elle n'avait pas déjà besoin, car elle était jeune et blanche. Elle avait pendu à chacune de ses oreilles un fermail d'or large et plat où il y avait de nombreuses pierres, surtout des rubis. (p. 145)

Destaquemos cómo María tenía dos o tres hombres, probablemente eunucos, que la ayudaban a montar a caballo. Uno de los hombres levantaba un largo manto largo tan alto como podía, para tapar a los ojos de la multitud la imagen de la emperatriz poniendo el pie en el estribo y montando «como un hombre». Era el mismo manto que luego le echaba sobre sus hombros y con el que la emperatriz se disponía a marchar. La Broquièrre no deja de añadir, además, el detalle del tocado de uno de aquellos gorros puntiagudos, característicos griegos, rematado en su caso con el aderezo de tres plumas de oro en la punta. Nada que reprochar en ella, dice el relator, salvo el excesivo maquillaje blanco, que probablemente haría, sin embargo, que lucieran más contrastados sus dos pendientes de oro con rubíes, en los que también repara el francés, como buen observador de la escena.

Pues bien, cuatro años más tarde, Pero Tafur, que ha sido invitado, y no una, sino varias veces, como hemos ido viendo, a ir de caza con el emperador Juan y su mujer María, y luego la ha acompañado solamente a ella en otras ocasiones, nos deja una nota sobre la misma escena, lamentablemente mucho más breve y, sin embargo, suficientemente explícita. Después de la descripción de los lugares de Constantinopla que hemos expuesto, y de introducir la leyenda del ángel-niño protector de las murallas, Tafur se centra en el Gran Palacio, la residencia de los

emperadores de Grecia. Describe los aposentos y la biblioteca.⁴⁷ Pese a la riqueza de esa biblioteca y su sala de juegos, a Tafur no le parecen nada lujosos, todo lo contrario, los aposentos de la residencia, el Gran Palacio («la casa del emperador»): «De dentro, la casa está mal parada, salvo cierto lugar do el emperador e su muger e los suyos pueden estar aunque estrechamente» (p. 156). Precisamente frente a ese estado al parecer bastante precario contrastará, en cambio, la suntuosidad ceremonial, como acota Tafur, afilando una vez más la agudeza característica de su ironía: «... puesto que las cerimonias antiguas no pierde nada, mas bien mirado parecía obispo de anillo cuando cavalga, todas cerimonias imperiales no dexa ninguna».⁴⁸ «Obispo de anillo», en efecto, ese elemento de comparación distanciadora, significa «obispo auxiliar», aunque en castellano medieval puede equivaler sencillamente a «obispo». Es decir, el emperador cabalga tan pomposa y ricamente como un obispo. Y en ese contexto, a renglón seguido, es donde se menciona cómo igualmente cabalga con toda pompa ceremonial la emperatriz. Y coincide plenamente con La Broquière en la descripción de su acción habitual al montar a caballo:

La emperatriz cabalga a caballo e a dos estribos e, cuando quiere cabalgar, dos señores tienen un paño rico, alçando las manos en alto e bolviendo las espaldas a ella, porque, echando la pierna encima de la silla, no le paresca algo de la persona. (PT, pp. 156-157)

Se capta la misma situación, en principio para nosotros anodina, pero para ambos viajeros insólita, seguramente fascinante y probablemente también sensual: la emperatriz, a punto de montar a caballo para partir. Monta, destacan ambos, como un hombre, es decir, a horcajadas, y no de lado, a la amazona, como era habitual en la mujer: «comme un homme», dice La Broquière; «a dos estribos», señala Tafur. Parece evidente el aprovechamiento del fasto pomposo, exagerado o incluso desusado —«ceremonias antiguas...», «ceremonias imperiales...», ha insistido Tafur— de esa partida en los lugares públicos frecuentados, como Santa Sofía. Hay toda una puesta en escena sofisticada, tal vez codificada para ser apreciada por los espectadores (la multitud que le hace recular a Bertrand, que se

⁴⁷ PT: «A la entrada del palacio debaxo de unas cámaras está una lonja sobre mármoles abierta de arcos con poyos en torno bien enlosados e junto con ellos, como mesas puestas de cabo a cabo sobre pilares baxos, asimesmo cubiertos de losas, en que están muchos libros e escrituras antiguas e estorias e, a otra parte, tableros de juegos, porque siempre se falla acompañada la casa del emperador» (p. 156). Es ésta la única descripción, a decir de los historiadores de Bizancio, que tenemos de esa biblioteca (Bravo, 1983).

⁴⁸ Hay un anacoluto en la frase, debido probablemente a algún error de transmisión textual.

habría aproximado demasiado). Hay pruebas de esa formalización del ceremonial que confirman los puntos coincidentes en las descripciones de los dos viajeros: la localización céntrica, al lado de Santa Sofía, el caballo vistoso, el acompañamiento por parte de la escolta de dos hombres mayores. Como dice Tafur, «dos señores» (*seniores*, «viejos» o «entrados en años»); pero, añade La Broquière, «similares a los que los turcos utilizan para cuidar a sus mujeres», es decir «eunucos» («volviendo las espaldas a ella», para que no se pueda ver nada de su persona, aclara Tafur); en fin, servidores insensibles a los encantos eróticos de la visión del cuerpo de la emperatriz. Es común a ambos relatos el exhibicionismo prestidigitador del paño o manto levantado con las manos lo más alto posible, para impedir, pero al mismo tiempo proporcionar morbosidad en torno a los secretos escondidos de las formas y movimientos del cuerpo femenino. Y hay otros detalles de ritualidad: el maquillaje exagerado —a decir de La Broquière— de la protagonista, el detalle del sombrero picudo, que hemos visto en los retratos del emperador su marido, y en este caso, además, sombrero emplumado; los pendientes cargados de rubíes, como los de las emperatrices bizantinas tal como aparecen en los iconos («simili a un gioiello liberty», como llega a sugerir Ronchey, 2006, p. 110), etc.

Lo que sorprende en las descripciones de ambos viajeros es, por una parte, la constatación de la teatralidad de la escena, de presentarse como turistas y espectadores privilegiados de una acción extraordinaria. Y por otra, desde luego, las insinuaciones sensuales. Mucho más evidentes en La Broquière, puesto que se recrea con más detenimiento. Sin embargo, también alusivas en Tafur: «... volviendo las espaldas a ella, porque, echando la pierna encima de la silla, no le parezca algo de la persona». De hecho, se ha destacado cómo los personajes femeninos, incluso en su corporeidad, son centrales en la visita y en el descubrimiento de los nuevos espacios descritos por Tafur en Oriente.⁴⁹

Se puede pensar que los viajeros asistían a la «representación» de la subida de María al caballo de manera frívola, como el *teenager* o el *fan* a la entrada o salida de su cantante o actor favorito, o como el espectador de un teatro antiguo de variedades en los siglos XIX y XX, esperando que la actriz o cantante enseñara la

⁴⁹ Grilli (2004), ha puesto en relación el descubrimiento del cuerpo adolescente en los viajes occidentales a Oriente, en textos de ficción del siglo XV, con una curiosidad —más tenue exteriorizada— en el relato de Tafur. Y, en concreto, destaca cómo ese cuerpo adolescente y bello delata la fuerza y vitalidad que ejerce el Oriente mediterráneo (Helena de Troya, Medea, Dido) en el imaginario occidental. Añádanse, a este respecto, los importantes apuntes de Roumier (2014) sobre la apreciación —incluso a veces hedonista— de lo extranjero en los libros de viajes. Véase también una interesante aproximación al tema de las mujeres en las *Andanças*, en Daly (2002).

pantorrilla o los tobillos en determinado momento.⁵⁰ Pero creo que, por una parte, exageramos si caemos en una interpretación frívola de este espectáculo. Y, por otra, casi paradójicamente, quizás nos quedamos cortos con esa lectura. Porque tenía que haber una dimensión algo más profunda que hiciera legítima la demora tan parsimoniosa en la captación de ese momento ceremonial.

Pienso que Tafur y La Broquière asisten no a un espectáculo trivial o superficial, sino a un hecho de mayor relevancia simbólica. Y me lo hace sospechar la constatación de que María fue captada con esa singularidad y preeminencia, asociada a los caballos —algo normal para los hombres, pero no tanto para las mujeres— y asociada también al tema de la partida o despedida, y lo fue por otros artistas, si no ya de la literatura, sí de las artes plásticas.

María de Trebisonda fue sin duda un personaje de sensual atractivo: joven y bella, tal como la describen los cronistas, al parecer fue el gran amor de su esposo el emperador Juan, que casó con ella estando todavía viva su segunda mujer, Sofía de Montferrato, a la que en cambio nunca quiso ver y que acabó repudiando. La Broquière no repara en elogios hacia sus cualidades físicas. Le ha parecido tan bella, nos acaba de decir, que se ha sacrificado ayunando para así poder disfrutar con su vista, primero en la iglesia y luego en ese momento de partida, en esos instantes fugaces en que le parece «incluso más hermosa que antes».

La principal hipotética imagen con la que contamos de María de Trebisonda en la iconografía de la época va asociada, en efecto, a la partida. Su partida, a caballo, y desde luego, la de su marido el emperador. Y a la separación. Como si se tratara de hacer viva una canción de amor, una albada, o un romance. El retrato más fiel que, a decir de los historiadores del arte, poseemos de María de Trebisonda se identificaría con el personaje que despidе a San Jorge en el magnífico fresco que Pisanello pintó en la Iglesia de Santa Anastasia, en Verona, sobre San Jorge y el dragón (Fig. 10; detalle en Fig. 2).

Pisanello es el pintor de las medallas del emperador Paleólogo (Fig. 3); también el de las medallas no menos fieles de Alfonso V de Aragón, el rey Magnánimo, entre otros magnates.⁵¹ A ambos pudo haberlos conocido personalmente en Italia; es más difícil, en cambio, que pudiera contemplar directamente la belleza

⁵⁰ Lo sugiere, para La Broquière, con comedia y buscada frivolidad, Wright: «He was clearly hoping to see her legs» (2009).

⁵¹ El éxito de la medalla del emperador Paleólogo, le reportó a Pisanello una fama sin parangón y una serie de encargos, además de los del Magnánimo, como los de Filippo Maria Visconti o Francesco Sforza. Pero su influencia fue también evidente en las obras de otros artistas, pintores o escultores, entre los que destacará Piero de la Francesca (Jones, 1979, p. 27). Ver, en torno a las medallas del Magnánimo, incluidas las de Pisanello, Gordon y Syson (2001: 43-83), Asenjo (2001),

de María de Trebisonda, puesto que ella no acudió a Italia y no hay constancia de que el artista viajara a Constantinopla. El fresco, una de las joyas de la pintura del Quattrocento, lo puede admirar hoy el viajero que acude a Verona, con algo de ayuda —que en parte le proporcionan unos útiles paneles explicativos—, pues está a casi 10 metros de altura, y no tiene iluminación permanente, que lo dañaría. Toda una parte, la izquierda, ha desaparecido prácticamente, borrada por las inclemencias. Lo que resta es magnífico, pero se presta todavía a interpretaciones abiertas. Como comenta Ronchey: «L'affresco di Sant'Anastasia è stato divorato dal tempo e i suoi studiosi dai dubbi» (2006, p. 111). En él hallamos a San Jorge en el centro, junto con su caballo blanco y un galgo, mientras que a la derecha se encuentra la princesa, pintada con rasgos nobles y finísimos, acompañada de dos caballos, uno de frente y otro de perfil. Así describe Ronchey el retrato de la princesa en el fresco:

Il profilo lunare della principessa, fisso sul suo liberatore, ha la pelle candida e sottili capelli biondi raccolti indietro a scoprire la fronte bombata. Sotto le sopracciglia alte e sottili gli occhi dal taglio orientale sono dorati e appena sottolineati da una línea di bistro. L'acconciatura è alta sul capo come un turbante, la veste è ampia e sciolta. (2006, p. 111) (Fig. 2)

La blancura «lunar», los ojos orientales, etc., nos recuerdan la imagen de María captada por La Broquière. Pero hay que insistir en el tema —la despedida, la partida— y en el simbolismo del fresco. San Jorge está representado con un pie sobre el estribo, en el acto de subir al caballo y con la mirada dirigida hacia su destino, una barca que lo ha de transportar hasta el monstruoso dragón. La parte superior la ocupa una peña, con una ciudad ideal, que habría de ser Trebisonda. La Princesa sería, por tanto, princesa de Trebisonda: es María.⁵²

La interpretación histórica que se hace de los frescos tiene que ver siempre con la aproximación entre la Iglesia griega y la Iglesia latina, la salvación de Constantinopla y la herencia del Imperio bizantino. Todo —empezando por las claras representaciones de personajes de la corte bizantina, con sus peinados y tocados típicos— sugiere que San Jorge simboliza la Cristiandad, que se prepara para liberarse de un peligro de Ultramar (los turcos), para salvar a una princesa que

Lazaris (2007), Domenge (2010) y Granados (2016). Para la ideología de cruzada en algunas de estas medallas, Jones (2015).

⁵² La identificación con María de Trebisonda del personaje de la princesa en el fresco de Santa Anastasia fue propuesta, antes de Ronchey (2006), por Janssens (1963, pp. 215-217), Puppi (1982, pp. 44-61) y Olivato (1992), entre otros.

sería la personificación de Constantinopla. Mujer identificada con ciudad fortificada, asediada, combatida, rendida, como en la tradición religiosa de raíz bíblica, que asocia la María cristiana con Jerusalén como ciudad celestial. El dragón, finalmente, sería representación simbólica del sultán otomano Murad II. Como concluye Ronchey: «Ma due cose sono certe: che il drago rappresenta il pericolo turco, diabolico nemico della cristianità; e che la pallida principessa da salvare ha i tratti di Maria Comnena di Trebisonda» (2006, p. 111).

6. ESPÍRITU DE CRUZADA Y PROYECTOS DE UNIÓN RELIGIOSA: AL RESCATE DE INFORMACIONES Y SÍMBOLOS

Las estancias de La Broquière y Tafur en Constantinopla tienen lugar en 1432 y en 1437-1438, respectivamente. Los frescos de Pisanello se suelen datar entre 1436 y 1438.⁵³ Tafur pudo haberlos contemplado —aunque este hecho resulta secundario o irrelevante a los efectos de nuestro trabajo—, puesto que estuvo en Verona, en 1439, y dedica unas pocas líneas a la ciudad, y a su impresionante arena o anfiteatro romano. Pero tanto La Broquière como Tafur escriben los relatos de sus viajes, o al menos les dan punto final y los dan a conocer más de veinte años después de transcurridos, después de la caída de Constantinopla (Fig. 11). Se ha señalado en ambos casos una fecha posterior a 1455 o 1456.⁵⁴

Coinciden en todo caso estas fechas, aunque sean aproximadas, con unos quince años después de la finalización del concilio de Ferrara-Florenia (1438-1439), y con el tiempo, ya en la década de los 50, en que se trató de impulsar desde Roma un acuerdo decisivo —una entente paneuropea— para impedir que aquella unión *de jure* entre las iglesias que tan costosa había resultado quedara anquilosada, inservible u olvidada. La caída de Constantinopla (1453) fue un detonante que convulsionó a todos los reinos europeos, y muy en primer lugar a los estados pontificios (Fig. 11). Se daría entonces un importante intento —finalmente ma-

⁵³ Para la datación del fresco de Pisanello, imprecisa, véase Ronchey (*Regesto maior*, p. 111). Y, para la relación con las medallas de Pisanello en la misma Verona, Jones (2015).

⁵⁴ Vives Gatell (1949, p. 129) propone para el de Tafur la fecha de 1454. Para Paviot, la parte correspondiente a Oriente en el relato del borgoñón sería anterior a 1453, puesto que habla de una Constantinopla gobernada todavía por los griegos, pero no así la parte occidental, que es actualizada tras esa fecha. De manera que la redacción y copias de los cuatro manuscritos que transmiten el texto en el siglo xv serían posteriores a 1453: «Nous lisons donc un texte rédigé à l'état brut, sans doute en 1433, et revu partiellement lors de sa "mise par écrit", probablement entre 1454 et 1459» (La Broquière, p. 10).

logrado— de recuperación del consenso político que habían representado los concilios de la década de 1430. El colegio cardenalicio romano, empezando por su máxima cabeza visible, el papa Pío II, que pretendía seguir en esto la estela de su predecesor Eugenio IV, defendió de manera beligerante, a lo largo de casi toda esta década de 1450, la necesidad de una nueva cruzada —una de las llamadas cruzadas tardías— contra el Imperio Otomano. Sin duda Eneas Silvio Piccolomini, el nuevo Papa, que llegó a ser considerado «un imitador de Godofredo de Bullón» (Ronchey, pp. 307-308), fue uno de los intelectuales medievales que más explícita y persistentemente se ocuparía de Europa como entidad política y religiosa (Ginzo, 2011).

Hacia finales de 1438, los embajadores italianos (de Nápoles, Venecia, Milán, Venecia, Florencia y Módena), espoleados por la famosa bula proclamada por el Papa, *Vocavit nos Pius*, en la que instaba a las potencias cristianas a unir sus esfuerzos económicos y militares para hacer la guerra santa contra el Imperio otomano, exponían abiertamente en Roma, y luego en Mantua, los recursos económicos que podían aportar sus ciudades-estado de origen. De hecho, dos cardenales de origen oriental, de gran capacidad intelectual y muy activos, se habían incorporado a la curia, Isidoro de Kiev y Juan (o Basilio) Besarión (Fig. 12). Relacionados con la elaboración de más de un proyecto de cruzada, ambos se implicaron personalmente en la lucha contra el infiel (López-Mayán, 2017, pp. 143-144).

Precisamente Ginzburg (1981), en su investigación sobre Piero della Francesca, recogería anteriores pistas y abriría otras nuevas sobre la intervención que tuvo sobre los encargos del pintor el sabio cardenal Besarión, arzobispo obispo de Nicea, patriarca latino de Constantinopla, y uno los mayores protagonistas del concilio de Ferrara. Estas pistas han sido posteriormente corroboradas y ampliadas por una serie de historiadores del arte e historiadores de Bizancio, y en especial por Ronchey (2006). Una de las tesis que Ginzburg sostiene es la de que fue el cardenal Besarión quien impulsó a Piero della Francesca que el retrato del Paleólogo (aunque éste había muerto en 1448) representara a Constantino, en el fresco de la batalla de Constantino contra Magencio en el puente Milvio, *La historia de la Vera Cruz*, dentro del ciclo de sus frescos en Arezzo (Fig. 5). Constantino —San Constantino para la iglesia griega— era el emperador que había refundado la nueva Roma en Oriente: Constantinopolis. El retrato y sombrero picudo de Constantino están claramente modelados sobre los de la medalla que Pisanello hizo del Paleólogo, como ya habían señalado Clark (1951) y Weiss (1966: 22-25). Y Piero della Francesca también usaría el mismo retrato de Pisanello para esbozar las líneas del de Poncio Pilato en *La flagelación de Cristo* (Gordon y Syson, 2001: 95).

Ginzburg asocia el «rescate» de la figura del Paleólogo, representando a Constantino en el cuadro de San Francesco, con el empeño vehemente del cardenal Besarión, franciscano él mismo, nacido en Trebisonda y educado en la corte bizantina de Juan VIII, con quien se sentía muy unido. Y relaciona el mismo «rescate» o «inhumación» con la llegada del relicario de la Vera Cruz a Roma, junto con otras reliquias —muchas de ellas descritas por nuestros viajeros francés y castellano— salvadas de la caída y saqueo de Constantinopla. Finalmente, conecta ese arribo de objetos de devoción cristiana con el simbolismo de la unión de las iglesias que traslucía, de nuevo, el programa iconográfico de la historia de la Vera Cruz, y con el empeño en la continuación de la cruzada contra los turcos impulsada por el papado.

Numerosas creaciones literarias de cruzada proliferaron tras la conquista otomana de Constantinopla en 1453, desde el *Strategicon adversum Turcos* de Lampo Birago, pasando por *De expeditione Pii Papae II adversus Turcos* (1460-1464) del humanista Leodrisio Crivelli, hasta las *Orationes ad principes christianos contra turcos* del propio cardenal Besarión. López-Mayán (2017), a propósito de su reciente descubrimiento de un nuevo testimonio sobre la cruzada contra el imperio otomano, *Redditi turchi et potentiarum nobis*, localizado sorprendentemente entre los folios de un códice litúrgico de la Biblioteca Capitular de Toledo, vincula con ese proyecto bélico papal el contenido del citado documento, que resulta de una excepcional riqueza y detallismo en las notas que describen y valoran el poder económico y militar turco en relación con el de las potencias cristianas. En la misma línea, podríamos decir que algunos de los principales proyectos narrativos de la ficción de esa década y la siguiente —desde *Tirant lo Blanc* en la corona de Aragón, hasta *Les trois fils des rois* en el ducado de Borgoña (Beltrán, 2016)— difícilmente se explican de manera total o cabal sin el aliento detrás de ese proyecto bélico que frustraría definitivamente la muerte del pontífice en el mes de mayo del año 1464. Los intelectuales europeos trataron de apoyar esos nuevos intentos de reunión y artistas como Piero della Francesca, Gozzoli o Pisanello se harán eco de ellos en el puntual desempeño de sus encargos.

Tal vez inspirados por ese mismo *revival* del espíritu de cruzada, algunos de los viajeros europeos que más afanosamente habían intervenido para sintonizar voluntades políticas —las del reino de Castilla en el caso de Tafur, las del ducado de Borgoña en el de La Broquière— y empresas de unidad religiosa, como las de los concilios, se vieran impelidos a desempolvar las relaciones de sus viajes, también quince o veinte años más tarde. Aunque realizaron sus viajes con algunos años de diferencia, Tafur y La Broquière se pudieron haber encontrado en la corte de Borgoña. El viajero borgoñón había emprendido su viaje a Oriente impelido

por el duque, Felipe el Bueno. Y Tafur será tratado con gran familiaridad por el mismo duque, que le pedirá más información —que actualizaría la ya conocida de unos años antes, a partir de *Le voyage d'Orient* de La Broquière— sobre los lugares que ha visitado, insistiendo en su idea de emprender una cruzada a Jerusalén (Fig. 13).⁵⁵ Si en la década de 1430 se habían mostrado a disposición de sus superiores como buenos diplomáticos, podían ahora, en la de 1450, cuando el secreto en torno a ciertas labores de verdadero espionaje desempeñadas había declinado, poner sus informes de nuevo a disposición de las cancillerías nobiliarias y de la pontificia, como relevantes documentos con minuciosos detalles que no habían periclitado en el paso de apenas dos décadas.⁵⁶

Buena parte de los periplos de La Broquière y Tafur gira en torno a las vicisitudes político-religiosas más decisivas de la Europa en aquellos años. La Broquière parece mostrarse más lacónico o discreto que Tafur al respecto. Sin embargo, tenemos más noticias externas suyas que de Tafur sobre la valiosa información que pudo facilitar al duque de Borgoña en torno a la situación geopolítica —como diríamos hoy— de los territorios y posiciones de los turcos en Palestina, Anatolia y Bizancio (Bárány, 2016). Si no de espionaje, sus contactos fueron de alta diplomacia. ¿Acaso no es lo mismo? Incluso los veinte años de silencio se podrían justificar como una latencia necesaria de esa misma prudencia diplomática.

Ambos viajeros no sólo estuvieron codeándose con la más alta aristocracia y realeza de los territorios que recorren (de lo que se jactan sin falsa modestia, como hemos podido ir comprobando), sino que probablemente influyeron, en alguna medida difícil de valorar —un granito de arena en el mar de la gran política— en el desarrollo de los acontecimientos históricos y políticos más sustantivos de su tiempo. Sin embargo, pese a tanta vivencia extraordinaria, o precisamente por esa misma intensidad, seres humanos al fin y al cabo, sensibles y permeables a las emociones, les sería difícil apartar del recuerdo la imagen —carnal y simbólica— de María de Trebisonda partiendo del templo, montando a caballo,

⁵⁵ Como señala Pérez Priego (2011, p. 135), es extraño que Tafur no mencione a Nuño Guzmán, que también estuvo con el duque de Borgoña. Donde es casi seguro que hubieron de encontrarse ambos viajeros, aunque tampoco se hace ninguna mención, es en Florencia.

⁵⁶ Para el tema del espionaje en los reinos peninsulares, a principios del siglo xv, véase González Sánchez (2015); si bien se centra en el espionaje interno y en las dos primeras décadas del siglo, ofrece un panorama detallado sobre su funcionamiento, y una nutrida bibliografía sobre el tema. La imagen del Tafur peregrino y a la vez comerciante (Liberatori, 1986, 1987), compatible con el hombre medieval ávido de conocimientos y curioso impenitente (tal y como la proponía Meregalli, 1987) ha de seguir siendo completada con nuevas apreciaciones y nuevos contextos. Véase para una relación integrada con lo histórico y cultural de los libros de viajes, el trabajo de Beceiro (2009).

paseando a caballo. Y no ya difícil, sino imposible dejar de evocar esta y otras ceremonias, procesiones y rituales; olvidar escenas asociadas al recuerdo de una mujer poderosa, por una parte exótica —aunque asequible y cercana—, y por otra de enormes virtualidades simbólicas. Una gran dama cuya perturbadora personalidad y belleza hubo de cautivar y hacer mella igualmente en algunos de los mayores intelectuales y artistas del Quattrocento, que habrían dado lo indecible no ya por conocerla y tratarla, como tuvo la suerte de hacer Pero Tafur, sino por haberla podido ver, aunque fuera con la fugacidad con que lo hizo Bertrandon de La Broquière.

BIBLIOGRAFÍA

- Alvar, C., 2010: *Traducciones y traductores. Materiales para una historia de la traducción en Castilla en la Edad Media*, Alcalá de Henares.
- Asenjo Fernández, I., 2001: *La plástica en las medallas de Pisanello*, tesis doctoral, Madrid.
- Bakalova, E., 2001-2002: «La vénération des icônes miraculeuses en Bulgarie. Aspects historiques et contemporains d'un pèlerinage», *Ethnologie française*, 31, pp. 271-294.
- Bárány, A., 2016: «Burgundian Crusader Ideology in Bertrandon de la Broquière's *Le Voyage d'Outremer*», en E. Egedi-Kovács (ed.), *Byzance et l'Occident III: Écrits et manuscrits*, Budapest, pp. 265-287.
- Beceiro Pita, I., 2009: «Embajadas, viajes y relaciones culturales en el mundo ibérico (1370-1460)», en J. I. de la Iglesia Duarte (coord.), *Viajar en la Edad Media*, Logroño, pp. 193-228.
- Béguelin-Argimón, V., 2011: *La geografía en los relatos de viajes castellanos del ocaso de la Edad Media. Análisis del discurso y léxico*, Lausana.
- Beltrán, R., 1991: «Los libros de viajes medievales castellanos», *Revista de Filología Románica*, Anejo I (= *Los libros de viajes en el mundo románico*, ed. Eugenia Popeanga), pp. 121-164.
- , 2005: reseña a «Juan Luis Carriazo Rubio, *La memoria del linaje. Los Ponce de León y sus antepasados a fines de la Edad Media*, Sevilla, 2002», *Hispania*, LXV (núm. 219), pp. 340-344.
- , 2016: «Philippe de Bourgogne à l'aide d'Alphons de Naples: l'image du roi et l'épique de la croisade dans le roman de *Les trois fils de rois*», en F. Delle Donne y J. Torró (eds.), *L'immagine di Alfonso il Magnanimo / La imatge d'Alfons el Magnànim*, Florencia, pp. 241-260.

- Bravo García, A., 1983: «La Constantinopla que vieron R. González de Clavijo y P. Tafur: los monasterios», *Erytheia*, 3, pp. 39-47.
- , 2004, «La imagen de Bizancio en los viajeros medievales españoles. Notas para un nuevo comentario a sus relatos», en I. Pérez Martín y P. Bádenas de la Peña (eds.), *Bizancio y la Península Ibérica. De la Antigüedad Tardía a la Edad Moderna*, Madrid, pp. 381-486.
- , 2007: «Viejo y nuevo sobre los viajeros a y desde Bizancio», en M. Cortés Arrese (ed.), *Caminos de Bizancio*, Cuenca, pp. 13-46.
- Cabrera, E., 1988: *Historia de Bizancio*, Madrid.
- Cardini, F., 2001: *The Chapel of the Magi in Palazzo Medici*, Florencia.
- Carriazo Rubio, J. L., 2002: *La memoria del linaje. Los Ponce de León y sus antepasados a fines de la Edad Media*, Sevilla.
- Carrizo Rueda, S. M., 1997: *Poética del relato de viajes*, Kassel.
- Castelli, P., ed. 1992: *Ferrara e il Concilio: 1438-1439. Atti del convegno di studi del 550° anniversario del Concilio dell'unione delle chiese d'oriente e occidente*, Ferrara.
- Castro Hernández, P., 2013: «Un estado de la cuestión sobre las *Andanças e viajes* de Pero Tafur: discusiones historiográficas y problemáticas de estudio», *Revista Historias del Orbis Terrarum* 6, pp. 27-71.
- , 2015, «Los libros de viajes a fines de la Edad Media y el Renacimiento. Una revisión a la tradición narrativa en las *Andanças e viajes* de Pero Tafur», *Lemir*, 19, pp. 69-102.
- Cirac Estopañán, S., 1961: «Tres monasterios de Constantinople visitados por Españoles en el año 1403», *Revue des études byzantines*, 19, pp. 358-381.
- Clark, K., *Piero della Francesca*, Londres, 1951.
- Crivat-Vasile, A., 1996: «El viaje de Nicolò dei Conti en los relatos de Pero Tafur y Poggio Bracciolini», *Revista de Filología Románica*, 13, pp. 231-252.
- Daly, K., 2002: «Hombres virtuosos y mujeres escandalosas en las *Andanças* de Pero Tafur», en R. Beltrán (ed.), *Maravillas, peregrinaciones y utopías: literatura de viajes en el mundo románico*, Valencia, pp. 359-367.
- Décarreaux, J., 1966: *L'union des églises au Concile de Ferrare-Florence (1438-1439)*, Chevetogne.
- Diehl, Ch., 1932: «Un voyageur espagnol à Constantinople au xvè siècle», en AA. VV., *Mélanges Gustave Glotz*, I, París, pp. 315-327.
- Dolz i Ferrer, E., 2005: «Juan Rodríguez del Padrón, Juan de Cervantes y Gonzalo de Medina. Apuntes biográficos», *Lemir*, 9, s. p.
[<http://parnaseo.uv.es/Lemir/Revista/Revista9/Dolz/Dolz.htm>]
- Domenge i Mesquida, J., 2010: «La gran sala de Castelnuovo. Memoria del *Alphonsi regis triumphus*», en G. T. Colesanti (ed.), *Le usate leggiadrie. I cortei, le*

- ceremonie, le feste e il costume nel Mediterraneo tra il XV e XVI secolo*, Montella, pp. 290-338.
- Eberenz, R., 1992: «Ruy González de Clavijo et Pero Tafur: L'image de la ville», *Études de lettres*, 3, pp. 29-51.
- Embajada* = ver López Estrada, ed., 1999.
- Fernández de Córdova Miralles, Á., 2012: «Las divisas del rey: escamas y ristes en la corte de Juan II de Castilla», *Reales Sitios: Revista del Patrimonio Nacional*, 191, pp. 22-37.
- García Sánchez, E., 2010: «Libros de viaje en la península ibérica durante la Edad Media: bibliografía», *Lemir*, 14, pp. 353-402.
- Gill, J., 1964: *Le concile de Florence*, París, 1964.
- , 1965: *Personalities of the Council of Florence, and Other Essays*, Nueva York.
- Gimferrer, P., 1985: *Los raros*, Barcelona.
- Ginzburg, C., 1981: *Indagini su Piero. Il Battesimo, il ciclo di Arezzo, la Flagellazione di Urbino*, Turín.
- Ginzo Fernández, A., 2011: «Eneas Silvio Piccolomini (Pío II) y su concepción de Europa», *Anales del Seminario de Historia de la Filosofía*, 28, pp. 71-100.
- Gómez Moreno, Á., 1994: *España y la Italia de los humanistas: primeros ecos*, Madrid, 1994.
- González Sánchez, S., 2015: «El espionaje en los reinos de la Península Ibérica a comienzos del siglo XV», *En la España Medieval*, 38, pp. 135-194.
- Gordon, D. y Syson, L., 2001: *Pisanello: Painter to the Renaissance Court*, Londres.
- Granados Ortega, M. Á., 2016: «Medallas de Alfonso V de Aragón y I de Nápoles conservadas en el Museo Arqueológico Nacional: los hechos y virtudes del rey merecedores de la fama», en *Actas del XV Congreso Nacional de Numismática (Madrid, 28-30 octubre 2014)*, Madrid, pp. 601-618.
- Grilli, G., 2004: «Viajes al Oriente. El descubrimiento del cuerpo adolescente», en su *Literatura caballeresca y re-escrituras cervantinas*, Alcalá de Henares, pp. 42-60.
- Hermenegildo, A., 2009: «Figuras reales en el *Códice de autos viejos*: teatralización y dramatización de la catequesis», *Castilla. Estudios de Literatura*, 0, pp. 166-191.
- Hussey, J. M., 1986: *The Orthodox Church in the Byzantine Empire*, Nueva York.
- Izeddin, M., 1951: «Deux voyageurs du XV^e siècle en Turquie: Bertrandon de Broquière et Pero Tafur», *Journal asiatique*, 239, pp. 159-167.
- Janssens, E., 1963: *Trébizonde en Colchide*, Bruselas.
- Jiménez de la Espada, M., ed., 1874, *Andanças e viajes de Pero Tafur por diversas partes del mundo ávidos (1435-1439)*, Madrid [ed. facsímil, con intr., notas e índices, de F. López Estrada, Barcelona, 1982]

- Jones, M., 1979: *The Art of the Medal*, Londres.
- Jones, T. L., 2015: «Crusader Ideology: Pisanello's Medals in the Guantieri Chapel in Verona», *The Medal*, 66, pp. 4-12.
- King, D. A., 2007: *Astrolabes and Angels, Epigrams and Enigmas: From Regiomontanus' Acrostic for Cardinal Bessarion to Piero della Francesca's Flagellation of Christ*, Stuttgart.
- La Broquièrre = ver Paviot, ed., 2010.
- Ladero Quesada, M. Á., 1999: «Una biografía caballeresca del siglo xv: *La Coronica del yllustre y muy magnifico cauallero don Alonso Perez de Guzman el Bueno*», *En la España medieval*, 22, pp. 247-283.
- Lazaris, S., 2007: «L'empereur Jean VIII Paléologue vu par Pisanello lors du concile de Ferrare-Florence», *Byzantinische Forschungen*, XXIX, pp. 293-324.
- Lawrance, J. N. H., 1989: *Un episodio del proto-humanismo español. Tres opúsculos de Nuño de Guzmán y Giannozzo Manetti*, Salamanca.
- Liberatori, F., 1986: «Pero Tafur, pellegrino e viaggiatore curioso», en *Studi di iberistica in memoria di Giuseppe Carlo Rossi*, Nápoles, pp. 89-99.
- , 1987: «Ideale cavalleresco e mercantilismo nelle *Andanças* di Pero Tafur», en *Cronache iberice di viaggio e di scoperta: tra storia e letteratura. In memoria di Erilde Melillo Reali*, Nápoles, pp. 109-138.
- López Estrada, F., ed., 1999: Ruy González de Clavijo, *Embajada a Tamorlán*, Madrid.
- , 2003: *Libros de viajeros hispánicos medievales*, Madrid.
- López-Mayán, M., 2017: «*Redditi turchi et potentiarum nobis*. Un nuevo testimonio sobre la cruzada contra el imperio otomano a mediados del siglo xv», *Anuario de Estudios Medievales*, 47/1, pp. 129-157.
- Meregalli, F., 1987: «Las memorias de Pero Tafur», *Dicenda*, 6 (= AA.VV., *Estudios dedicados a Francisco López Estrada*, I, Madrid), pp. 297-306.
- Molina Molina, Á. L., 2014: «Pero Tafur en Italia (1436-1439)», *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencia medievales*, 16, pp. 277-320.
- , 2016: «Viaje de Pero Tafur por las islas griegas, Constantinopla y Mar Negro (octubre de 1437 – mayo de 1438)», *Estudios sobre patrimonio, cultura y ciencia medievales*, 18, pp. 855-904.
- Montero Fenollós, J. L., 2007: «Babilonia y Nabucodonosor: Historia antigua y tradición viva. Bosquejo sobre su realidad histórica y su presencia en el cortejo bíblico de Lorca (Murcia)», *Alberca*, 5, pp. 171-188.
- Morrás, M., 2002: «El debate entre Leonardo Bruni y Alonso de Cartagena: las razones de una polémica», *Quaderns: revista de traducció*, 7, pp. 33-57.
- Norwich, J. J., 2000: *Breve historia de Bizancio*, Madrid.

- Ochoa Anadón, J. A., 1985: «Pero Tafur: un hidalgo castellano emparentado con el emperador bizantino. Problemas de heráldica», *Erytheia*, 6, pp. 283-293.
- , 1987: «El viaje de Tafur por las costas griegas», *Erytheia*, 8, pp. 33-62.
- , 1990: «El valor de los viajeros medievales como fuente histórica», *Revista de Literatura Medieval*, 2, pp. 85-102.
- Olivato, L., 1992: «La principessa di Trebisonda. Per un ritratto di Pisanello», en P. Castelli (ed.), *Ferrara e il Concilio: 1438-1439. Atti del convegno di studi del 550° anniversario del Concilio dell'unione delle chiese d'oriente e occidente*, Ferrara, pp. 193-211.
- Ostrogorsky, G., 1983: *Historia del Estado Bizantino*, Madrid.
- Paviot, J., ed., 2010: Bertrand de La Broquère, *Le voyage d'Orient: espion en Turquie*, Toulouse.
- , 2014: «L'idée de croisade à la fin du Moyen Âge», en J. Paviot (ed.), *Les projets de croisade. Géostratégie et diplomatie européenne du XIVe au XVIIe siècle*, Toulouse, pp. 17-29.
- Pérez Priego, M. Á., 1984: «Estudio literario de los libros de viajes medievales», *Epos*, 1, pp. 217-239.
- , ed., 2006: *Viajes medievales, II. Embajada a Tamorlán, Andanças e viajes de Pero Tafur, Diarios de Colón*, Madrid.
- , ed., 2009: *Andanças e viajes de Pero Tafur*, Sevilla.
- , 2011: «Encuentro del viajero Pero Tafur con el humanismo florentino del primer Cuatrocientos», *Revista de Literatura*, LXXIII, núm. 145, pp. 131-142.
- PT = ver Pérez Priego, ed., 2009.
- Pertusi, Ch., 1994: «Flagellazione» di Piero della Francesca e le fonti letterarie sulla caduta di Costantinopoli, Boloña.
- Puppi, L., 1982: «La Princepsa di Trebisonda», en *Verso Gerusalemme. Immagini e temi di urbanistica e di architettura simboliche tra il XIV e il XVIII secolo*, Roma-Reggio Calabria, pp. 44-61.
- Ramírez de Arellano, R., 1902: «Estudios biográficos. Pero Tafur», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 41, pp. 273-293.
- Rodríguez-Picavea Matilla, E., 2007: «Caballería y nobleza en la Orden de Calatrava: Castilla, 1350-1450», *Anuario de Estudios Medievales*, 37, pp. 711-739.
- Ronchey, S., 2006: *Lenigma di Piero. L'ultimo bizantino e la crociata fantasma nella rivelazione di un grande quadro*, Milán.
- , *Regesto maior*, on line [consultado el 18-02-2018]
[<http://www.silviaronchey.it/materiali/pdf/regesto.pdf>]
- Roumier, J., 2014: «La apreciación de lo extranjero: comprensión, elogio y placer en los relatos de viajes medievales cristianos (siglos XIV-XV)», *Lemir*, 18, pp. 387-398.

- Rubio Tovar, J., ed., 1986: *Libros españoles de viajes medievales (Selección)*, Madrid.
- Schefer, Ch., 1892: *Le «Voyage d'Outremer» de Bertrandon de la Broquière, premier écuyer tranchant et conseiller de Philippe le Bon, duc de Bourgogne (1432-1433)*, Paris.
- Schiltberger, J., 2008: *Captif des Tartars*, trad. de l'allemand par Jacques Rollet, préface de Michel Baliver, Toulouse.
- Svátek, J., 2012: «La vision de la croisade dans le récit de Bertrandon de la Broquière», en M. Nejedlý y J. Svátek (ed.), *Histoires et mémoires des croisades à la fin du Moyen Âge*, Toulouse, pp. 143-160.
- , 2016: «L'idéal du souverain oriental dans le récit de Bertrandon de la Broquière», *Publications du Centre européen d'études bourguignonnes (Rencontres de Mariemont-Bruxelles)*, 56, pp. 61-72.
- Szkilnik, M., 2013: «Entre réalité et stéréotype: la Hongrie de Bertrandon de la Broquière», en E. Egedi-Kovács (ed.), *Byzance et l'Occident: Rencontre de l'Est et de l'Ouest*, Budapest, pp. 251-261.
- Treadgold, W., 2001: *Breve historia de Bizancio*, Barcelona.
- Vasiliev, A., 1932 : «Pero Tafur, A Spanish Traveler of the fifteenth Century and his visit to Constantinople, Trebizond and Italy», *Byzantion*, 7, pp. 75-122.
- , 1935: «A note on Pero Tafur», *Byzantion*, 10, pp. 65-66.
- Vives Gatell, J., 1949: «Andanças e viajes de un hidalgo español (Pero Tafur, 1436-1439), con una descripción de Roma», *Analecta Sacra Tarraconensia*, 19, pp. 127-207.
- Weiss, R., 1966: *Pisanello's Medallion of the emperor John VIII Palaeologus*, Oxford.
- Wright, D. G., 2009: «The Empress and her Riding Hat», Blog *Surprised by time* (8 de agosto de 2009).
[<http://surprisedbytime.blogspot.com.es/2009/08/empress-and-her-riding-hat.html>]



Fig. 1.
Códice 2123, fol. 30v.
de la Biblioteca del Monasterio
de Santa Catalina, en el Sinaí.
Imagen añadida al códice.



Fig. 2.
Posible retrato aproximado
de María de Trebisonda.
Detalle del fresco
de *San Jorge y el dragón* de Pisanello.
Iglesia de Santa Anastasia de Verona
(véase el fresco completo en **Fig. 10**)



Fig. 3. Pisanello, medalla de bronce del emperador Juan VIII Paleólogo (1439).



Fig. 4. Piero della Francesca, *La flagelación* (detalle) (Urbino, ca. 1460).



Fig. 5. Detalle de la *Leyenda de la Vera Cruz* de Piero della Francesca (Arezzo, 1466).



Fig. 6. Benozzo Gozzoli, *El cortejo de los Reyes Magos* (detalle). Palacio Médici-Riccardi, Florencia (1459-1461).



Fig. 7.
Carpaccio, *Llegada de los embajadores ingleses* (1490-1495) (detalle).



Fig. 8.
Bertrandon de La Broquière, vestido a la turca, entrega un ejemplar del Corán a Felipe el Bueno, a su regreso de Oriente, en el sitio de Mussy l'Evêque (1433).
Bertrandon de La Broquière, *Voyage en la terre d'Outremer*
Ilustración de Jean Le Tavernier (después de 1455).
(Bibliothèque Nationale de France, mss. fr. 9087, f. 152v)



Fig. 9. Mosaico de Santa Sofía, Estambul. La Virgen, Jesús, Constantino y Justiniano.



Fig. 10. Pisanello, *San Jorge y el dragón*. Iglesia de Santa Anastasia en Verona.



Fig. II. El sitio de Constantinopla. Bertrandon de La Broquière, *Voyage en la terre d'Outremer*. Ilustración de Jean Le Tavernier (después de 1455) (Bibliothèque Nationale de France, mss. fr. 9087, f. 207)



Fig. 12. Cardenal Besarión.
Justus van Gent y Pedro Berruguete (1473-1475).
Museo del Louvre (París)

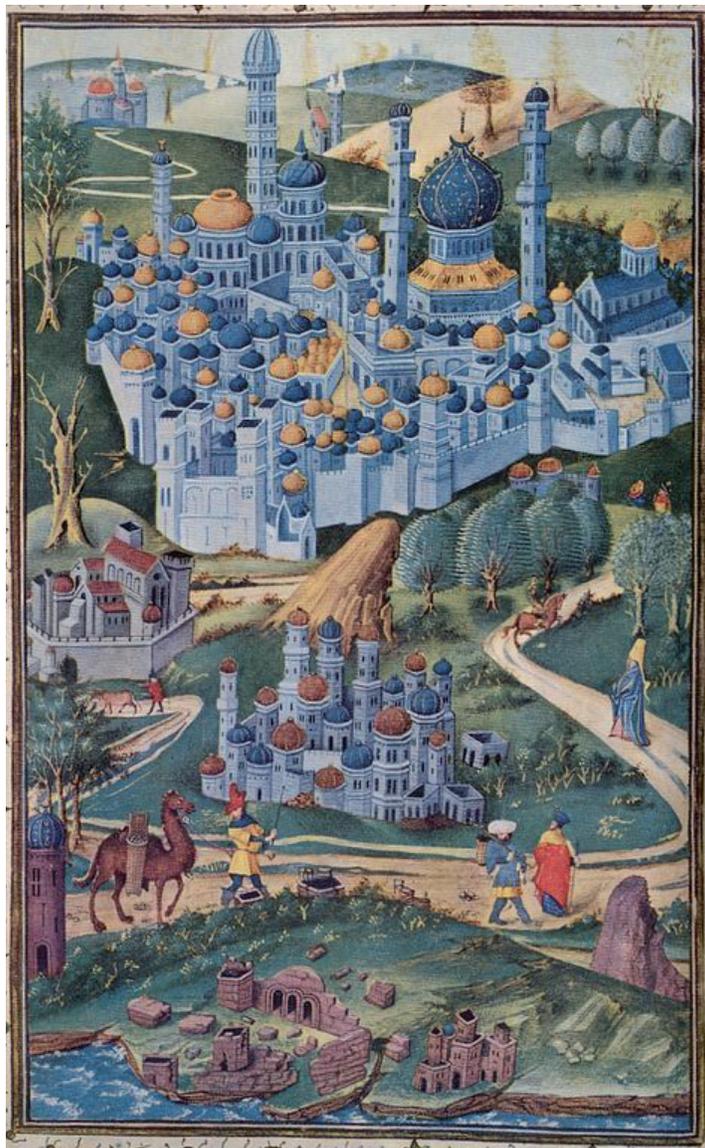


Fig. 13. Jerusalén, tierra de peregrinaje.
Bertrandon de La Broquière, *Voyage en la terre d'Outremer*.
Ilustración de Jean Le Tavernier (después de 1455)
(Bibliothèque Nationale de France, mss. fr. 9087, f. 85v)